

BOLSILIBROS
BRUGUERA

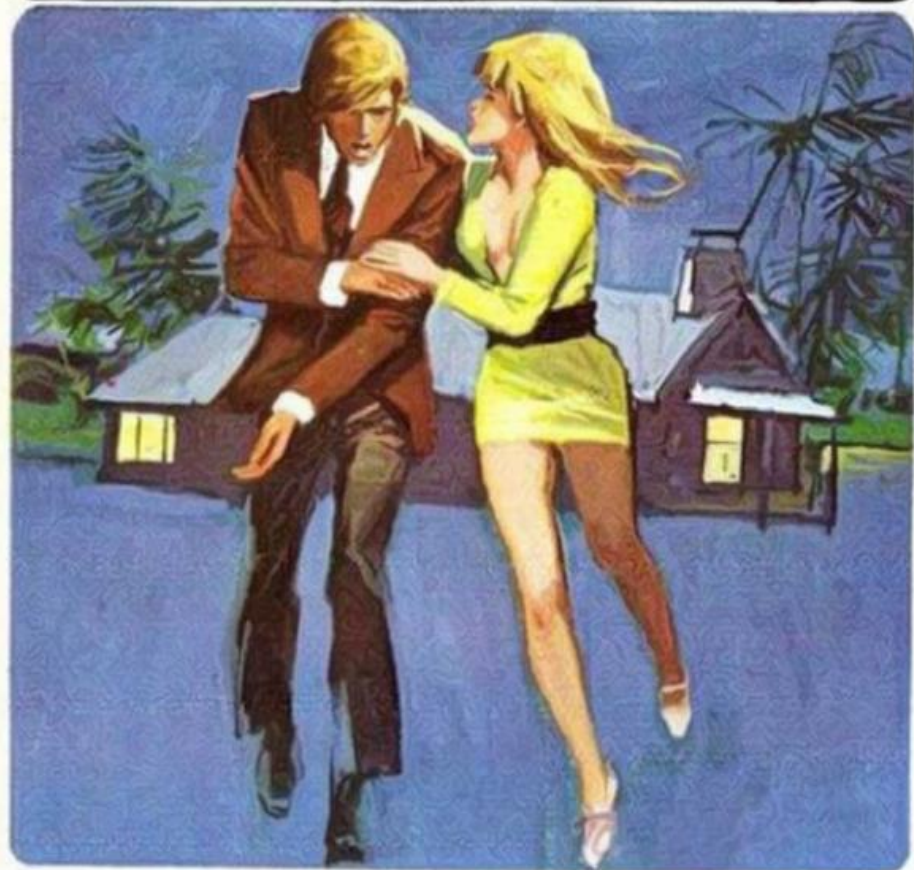
POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou CARRIGAN

CUIDADO CON LAS SEÑORAS



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

LOU CARRIGAN

CUIDADO CON LAS SEÑORAS

Colección LA HUELLA n.º 13
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 42091-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1974

© Francisco Bruguera - 1974

© Editorial Jorge Nolasco - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La voz del juez se oyó claramente en toda la sala:

—¿Tiene ya el jurado su veredicto?

El presidente del jurado se puso en pie.

—Sí, Su Señoría —se oyó también claramente su voz.

El juez hizo una seña, y uno de los oficiales se acercó al presidente del jurado, tomó la hoja de papel doblada, y la llevó al juez. Éste la desdobló, leyó el veredicto, y un gesto de duda pasó por su rostro. Fue brevísimo, inapreciable.

Miró al oficial, que se volvió hacia la mesa de la acusada y dijo:

—Póngase en pie la acusada.

Althea Wighman se puso en pie, crispado el rostro. Junto a ella, también se puso en pie automáticamente su abogado, la señora Davenport, de soltera Cecily Shilcott. En la primera fila de los asientos que había detrás de la mesa, separados de ésta por una valla de madera, Mark Wighman, padre de la acusada se inclinó hacia delante, y crispó sus manos en la valla.

La expectación era enorme, evidenciada por aquel silencio denso, total. Parecía que nadie respirase... Althea Wighman había sido acusada de homicidio, y su abogado, la muy femenina y bella señora Davenport, había hecho una defensa sensacional, pero...

—Señorita Wighman —dijo el juez con voz reposada—: este tribunal la declara INOCENTE del delito por el que ha sido juzgada. El juicio ha terminado.

El golpe de maza del juez quedó ahogado por las exclamaciones, los gritos, el ruido de pies... La abogado señora Davenport se volvió hacia su cliente, se miraron, y se abrazaron. El señor Wighman, con el rostro transfigurado por la alegría y el alivio, saltó la vallita de madera, muchas personas se acercaron a felicitar a la acusada, los

periodistas y fotógrafos rodearon el grupo, los *flashes* comenzaron a destellar...

La señorita Wighman se abrazó a su padre, y comenzó a llorar, mientras le tomaban docenas de fotografías. El juez abandonó la sala, desentendiéndose de aquel alboroto, que ya no le interesaba.

—Por favor —suplicaba la abogado—. Por favor, señores, sean razonables. La señorita Wighman está muy emocionada ahora. Por favor, sean tan amables.

Pero allí había un artículo, y unas fotografías que tomar. Los periodistas acribillaron a preguntas a los Wighman, que contestaban como aturridos, mientras, guiados por Cecily Shilcott, se dirigían hacia el estrado, buscando la huida por una de las puertas que había detrás. El recorrido hasta la puerta salvadora duró más de un minuto, debido a la masa de periodistas, pero, finalmente, Cecily Shilcott lo consiguió. Cerró la puerta tras ella, señaló un corto pasillo, y por él llegaron a una de las salitas para consultas en el edificio de la Corte de San Francisco.

Una vez cerrada también aquella puerta, la abogado suspiró, y miró sonriente a los Wighman.

—¡Bueno...! Todo ha terminado, por fin.

—No creí que lo consiguiese —murmuró el señor Wighman—. Ha sido magnífico, señora Davenport.

—Es mi trabajo —sonrió la abogado—: defender a mis clientes. Y siempre he pensado que las personas que no hacen bien su trabajo sería mejor que no lo hiciesen. ¿Está contenta, Althea?

—Yo... yo no sé qué decir, porque... porque...

—Tranquilícese. Ya ha pasado todo.

—Pero es tan increíble...

—Increíble o no, ha terminado. Y según nuestras leyes, nadie podrá volverla a molestar por este asunto. Se ha celebrado un juicio, se la ha declarado inocente, y eso es todo. ¿Qué piensan hacer ahora?

—No sé —vaciló Mark Wighman, abrazando a su hija por los hombros—. Bueno, iremos a casa, claro, y...

—¿A su casa de San Francisco? —cortó la abogado.

—Sí, claro... ¿No?

—Usted tiene una villa en Santa Cruz, cerca de la playa, ¿no es así, señor Wighman?

—Sí... Sí.

—Me permito aconsejarle que se vayan allá unos días, sin comunicárselo a nadie. Es mejor que dediquen una semana a descansar, a reflexionar. Nada de periodistas. A su regreso a San Francisco, estarán más serenos, y, si todavía sigue interesando este asunto, podrán atenderlos con más aplomo. Esto es muy conveniente.

—Tiene razón —asintió Wighman—. Sí, nos iremos a la villa de Santa Cruz. Bueno, yo enviaré en seguida a Althea allá, y me reuniré con ella en cuanto haya terminado unos pequeños asuntos aquí. Espero solucionarlos muy rápidamente.

—De acuerdo. Háganlo como quieran o puedan, pero, recuerden: nada de entrevistas hasta que se hayan serenado y sepan muy bien lo que tienen que contestar a los periodistas.

—Así lo haremos. Gracias, señora Davenport... por todo.

Cecily sonrió, tendió la mano al señor Wighman y luego a su hija, y salió de la salita. Se dirigía ya hacia la puerta que la sala tenía al fondo cuando lo pensó mejor, dio media vuelta, y regresó por el pasillo. Lo mejor sería salir del edificio de modo que los periodistas no la viesen. Tardaría más, pero, a fin de cuentas, ya no tenía ninguna prisa especial por volver a su despacho... Lo último que decidió, fue refugiarse en una de las salitas, y esperar el momento propicio para salir sin ser molestada. Se sentó, abrió su portafolios, y durante más de media hora se dedicó a examinar documentos, sonriendo de cuando en cuando.

Después de guardar los documentos, sacó un espejito del portafolios, se miró, y volvió a sonreír. Tenía motivos: era joven, hermosa, inteligente... Una de esas mujeres que los hombres contemplan pasmados cuando se cruzan con ellas, y se vuelven para mirarles las piernas y todo lo demás.

Se arregló dos ricitos, guardó el espejito, miró su reloj y encogió los hombros. Seguro que los periodistas se habían marchado, creyendo, un vista de su tardanza, que ella había conseguido darles esquinazo.

Y en efecto, así era. Cuando salió de la Corte, ya no había periodistas allí. Algunas personas la miraron con curiosidad, pero eso ya no tenía importancia. Fue adonde había dejado estacionado su «Pontiac», se puso al volante, y emprendió el regreso a su

despacho, en Sunset Boulevard.

Veinte minutos más tarde, salía del ascensor en la planta séptima del lujoso edificio, recorría el pasillo, y se detenía ante la puerta señalada con el número 702-A.

Encima de esta indicación había un letrero en letras doradas, sobrias:

Hamerwell & Yannis

ATTORNEY AT LAW

«Bueno —pensó Cecily—, quizá esté llegando el momento de añadir un nombre a este letrero...».

Entró en el despacho. Había una salita de espera, ocupada solamente por un hombre y una mujer, jóvenes, sentados muy juntos. Parecían matrimonio. Cecily pasó cerca de ellos, dirigiéndoles una fugaz sonrisa de cortesía. Abrió la siguiente puerta, y se encontró en el despacho de la señorita Riggs, la secretaria de la firma.

Cecily miró a la señorita Riggs, y, como siempre, estuvo a punto de fruncir el ceño. Ciertamente. Rosemary Riggs era la eficacia hecha persona: discreta, trabajadora, jamás protestaba por alguna hora de trabajo de más, hacia recados intrascendentes si era necesario... Lo aceptaba todo, y cumplía de tal modo que, en poco tiempo, la firma se había visto obligada a aumentarle el sueldo dos veces... Pero, la señorita Riggs tenía una grandiosa cosa en contra: era demasiado bonito.

Con sus largos y lacios cabellos rubios, sus ojos verdiazules, su boquita sonrosada, su piel sedosa, su cuerpo de auténtica escultura y sus modelitos siempre tan discretos y elegantes, era todo un adorno para el despacho de

Hamerwell & Yannis.

Y a Cecily le parecía que la única que tenía derecho allí a ser un adorno, era ella...

—Señora Davenport —la rubia Rosemary se puso en pie inmediatamente al verla— ha ocurrido algo muy molesto. He estado a punto de llamar a la policía, pero no considerado más discreto

esperarla a usted, porque...

—Está bien, está bien, señorita Riggs... ¿Qué ha ocurrido?

—Hay un hombre en su despacho. Cecily quedó boquiabierta.

—¿Cómo que hay un hombre en mi despacho? —exclamó luego.

—Lo siento. Es... es un supercaradura. Un tipo estrafalario, además. ¡No me ha gustado nada...! Le he dicho que tenía que esperarla a usted fuera, en todo caso, pero me ha dicho que él espera donde le da la gana, y que ni cien mil galernas podrían detenerlo en...

Cecily lanzó una exclamación.

—¿Ha hablado de galernas? ¿Y dice que es estrafalario...? Se lo voy a describir, señorita Riggs: ¿más de metro ochenta, rubio y muy desgredado, con una gorra de marino sucia sobre las greñas, pantalones blancos, jersey a rayas, zapatillas blancas...?

—¡Sí, sí, sí, ése es el hombre! —Abrió mucho los ojos Rosemary—. ¿Lo conoce usted?

Cecily había fruncido un instante el ceño, pero en seguida lanzó una carcajada.

—No se preocupe más, señorita Riggs —tranquilizó—. Y desde luego, no llame a la policía.

Entró en su despacho, miró hacia su mesa, y en primer plano vio los pies calzados con las blancas zapatillas deportivas, sobre los documentos, junto al teléfono. En seguida, un rostro varonil, quemado y requemado y superabrasado por el sol, apareció por un lado de los pies, algo más atrás.

—Cu-cu —dijo el sujeto.

—¡Clinton! —rió Cecily, acercándose—. ¡Siempre serás el mismo! ¿Por qué has tenido que asustar de ese modo a la señorita Riggs?

Dejó el portafolios sobre la mesa, y tendió los brazos al sujeto, que se puso en pie, dejó el vaso de *whisky* que tenía en una mano, y de un par de manotazos hundió a la abogado contra su musculoso pecho, exclamando:

—¡Querida hermanita...! ¿Cómo va la vida en este repugnante lugar?

—Me haces daño —rió Cecily, desprendiéndose del fortísimo abrazo—. Tienes que aprender a ser más delicado con las señoras, Clinton. Parece como si estuvieses abrazando a un marinero.

—Oye, oye: yo, a los marineros, no les abrazo, ¿te enteras? Lo que hago es escupirles en un ojo, para que se parezcan a Popeye.

La señora Davenport volvió a reír. Tomó las manos de Clinton Davenport, y separó los brazos, para examinarlo mejor. Alto, delgado, pero lleno de músculos, abrasado por el sol del mar, casi mugriento con sus ropas de marino. Clinton Davenport, su cuñado, resultaba un ejemplar masculino absolutamente impresionante.

—Estás muy bien, Clinton.

—Y tú estás como un portaaviones, tía buena —guiñó un ojo Clinton—. Así que supongo que las cosas ya se han arreglado entre Hal y tú. ¿A que sí?

Cecily dejó de sonreír. Su gesto cambió de tal modo que no hacían falta más preguntas al respecto.

—¿Todavía no ha vuelto? —murmuró Clinton.

—No... No ha vuelto.

—¡Le voy a partir la cara! ¡En cuanto le eche la zarpa encima se va a enterar de cómo las gasto, el muy cretino! ¡Le...!

—Es mejor que no digas nada más —susurró Cecily—. Al fin y al cabo, es tu hermano.

—¡Pues por eso mismo le voy a partir la cara! ¡Un hermano mío no puede ser tan imbécil de abandonar a una chica como tú! ¡Estaría bueno...! Por mi madre, ¡es un cretino! Consigue casarse con una mujer espléndida, que además es abogado; tiene una casa formidable, vive como un rey, tiene su propio empleo que satisface su dignidad... ¿Qué más demonios quiere ese imbécil de Hal?

—No sé.

—¿Y con quién se ha fugado? ¿Con una bailarina?

—No es momento de bromas, Clinton.

Clinton Davenport frunció el ceño. Luego, recogió el vaso de *whisky*, y fue a sentarse en un sillón, delante de la mesa.

—Tienes razón —masculló—. No es cosa de broma que un hombre abandone a su mujer. Seamos sinceros: ¿él tiene alguna razón para haberse largado de tu lado?

—¿Qué... qué quieres decir? —Cecily se sentó en su sillón tras la mesa.

—Bueno... ¡Qué galápagos, un sujeto no deja a su mujer por las buenas, sin razón alguna! No es que esté intentando culparte a ti, ni mucho menos, querida. Lo que quiero decir...

—Ya te he entendido. Y te diré que yo soy una mujer normal, muy normal, y que siempre he estado muy enamorada de tu hermano. De no ser así, no me habría casado con él. ¿Está claro?

—Clarísimo —sonrió Clinton—. No te molestes conmigo, Cissy.

—No estoy molesta contigo —sonrió Cecily—. Al contrario, te agradezco que hayas venido... Por cierto, ¿por qué has venido a San Francisco?

—Pues estuve intentando comunicarme con Hal para decirle que tengo un nuevo empleo, pero no había manera. No había modo de localizarlo, y cuando por fin conseguí comunicar contigo y me dijiste que hacía días que no lo veías, pensé que lo mejor era darme una vuelta por aquí.

—Bueno, yo no pretendía que tú vinieses a molestarte por una simple desavenencia entre nosotros, Clinton.

—¿Qué clase de desavenencias tenéis, vamos a ver?

—Oh, pues... Bueno, pequeñas cosas... No quisiera hablar de estas cosas íntimas, Clint. Me... me resulta violento...

—De acuerdo. ¿Tienes alguna idea de dónde puede haberse metido ese cachalote imbécil?

—No... Yo... le he llamado a varios sitios, pero... pero me parece que aunque esté en alguno de los que yo conozco, él no quiere hablar conmigo. Quizá... quizá se haya ido a México.

—¿A México? —Se asombró Clinton—. ¿Para qué?

—No sé... Es una idea que se me ha ocurrido. La verdad es que no sé nada de él. Dejó de venir una noche a casa, y eso es todo.

—¿Cuánto hace exactamente de eso?

—Dieciocho días.

—¡Dieciocho días! —saltó en el sillón Clinton—. ¡Has debido avisarme antes!

—Es que... Bien, yo pensaba que volvería..., que volverá cuando... cuando se le haya pasado el enfado, y no quería molestarte, ni preocuparte. Ya conoces a tu hermano, tan impulsivo...

—Le partiré la cara —ratificó Clinton—. Porque naturalmente, yo te lo voy a encontrar, y te lo traeré de una oreja..., si es que le quedan orejas después de que yo se las muerda. ¡Que mil galernas, al menos que diga qué le pasa, y qué es lo que quiere! Ey, un momento: ¿lo has llamado a vuestra cabaña de San Rafael, ese lugar

tan lindo en la montaña...? Vuestro nidito de amor, ya sabes.

La cuñada del mugriento marino, bajó la cabeza.

—He estado... tres veces a buscarlo allí y no... no está —de pronto, Cecily rompió a llorar—. ¡Se ha marchado, Clinton, se ha marchado, ya no me...!

—¡Alto ahí! —Se puso velozmente en pie Clinton para rodear la mesa—. Mira, Cissy, nada de llantos, por favor. Tendría que dejarte mi pañuelo y está sucio. ¿Okay?

Ella le miró intentando sonreír a través de las lágrimas.

—Lo siento. Ya ves que ni siquiera quería decírtelo, pero ahora que estás aquí, me siento... me siento tan feliz...

Clinton Davenport sacó su pañuelo, que, en efecto, estaba sucio de grasa. Lo miró, vaciló, y se lo volvió a guardar.

—Bueno —refunfuñó—, vamos a cambiar de tema después de asegurarte que lo encontraré. Y de todos modos, se me ocurre una buena idea: si él no quiere volver contigo, te casas conmigo, que soy más guapo y más joven. Además, imagínate: ¡soy marino...!

—No sé si me gusta eso —sonrió Cecily—. Dicen que los marinos tienen una novia en cada puerto.

—Calumnias de los envidiosos. Los marinos sólo tenemos una novia: la mar —sonrió, se fue a sentar, sacó un cigarro, mordió la punta y la escupió tras encender el cigarro, se quedó mirando a Cecily con expresión admirativa—. Estuve en la Corte.

—¿Estuviste allí? —exclamó ella—. ¿Cuándo?

—Pues esta mañana. Llamé aquí, me dijeron que estabas en un juicio y fui a buscarte. Estuviste magnífica, francamente.

—Pero..., ¿por qué no me hablaste allí? Habríamos venido juntos...

—Pues hija. —Clinton puso cara de tonto—: ¡desapareciste!

—Oh... Sí, es cierto. Es que no quería hablar con los periodistas y estuve esperando a que se marchasen.

—Ah, claro. Oye, este bufete está muy bien, ¿verdad? Pero no he visto tu nombre en la placa de la puerta.

—Tengo la esperanza de que pronto estará ahí.

—Estupendo. ¿Qué clase de tipos son

Hamerwell & Yannis?

Me apuesto una sardina recién pescada a que esos sujetos están locos por ti. Y no como abogado, ya me entiendes.

—¡Te equivocas! —rió Cecily—. Es que no son dos hombres, sino dos mujeres.

A Clinton casi le cayó el cigarro de la boca.

—¿Qué me dices? —aulló.

—Agatha Hamerwell y Leticia Yannis —asintió Cecily, todavía riendo—. Son una firma muy antigua y prestigiosa. Ahora trabajan poco, se puede decir que yo lo dirijo todo.

—¿Qué te parece? Dos ancianitas abogados... ¡Lo que tiene que oír uno en este mundo de costas adentro! En el mar no pasan estas cosas, desde luego... Bueno, me parece que te estoy entreteniendo, querida. Buscare un hotel, y te diré...

—¿Cómo un hotel? —saltó Cecily—. ¡Vamos, Clinton, no digas tonterías!

—¿Debo entender que puedo instalarme en vuestra maravillosa casita de Twin Peaks Park?

—¡Naturalmente! Yo tengo algunas cosas que hacer, pero iré allá en cuanto me sea posible. Telefonaré a Esther diciéndole que vas a ir allá para que te prepare...

—¿Quién tifones es Esther?

—El ama de llaves.

—¡Toma...! —Volvió a pasmarse Clinton—. ¡Esto sí que es categoría!

—Eres un tonto —rió Cecily—. Sé muy bien que a ti y a Hal no hay nada que os impresione. Aunque por tu aspecto pareces... Bueno...

—¿Un mendigo?

—Bueno, no, pero... Clint, ¿necesitas... algo?

—Tengo todo el dinero que un hombre como yo puede necesitar —sonrió el marino—. Y ya no te molesto más. Pero hazme un favor, ¿quieres? No avises a Esther de que voy para allá. Me fastidiaría un horror que estuviese esperándome, como si fuese un cobrador de recibos. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —rió Cecily.

—Pues me voy. Caramba, hace tiempo que no ríos veíamos, ¿verdad? Claro que me paso la vida en el mar... Pero me alegro de estar aquí, Cissy, y de verte tan guapa como siempre... Camarones, y ya que habíamos de belleza, ¿quién es la nena rubia de la minifalda picara y el busto alegre que no quería dejarme entrar?

—Rosemary Riggs —volvió a reír Cecily—. Es la secretaria de la firma. Una secretaria eficacísima.

—Pues ya me gustaría ver cómo se las arregla en un balandrito de veinte pies por siete y con menos calado que mis zapatos. Seguramente se marearía más que un pato.

—¿Has venido desde Seattle aquí con una... embarcación así?

—La mejor del mundo —asintió Clinton, poniéndose en pie—. The Happy Girl es una maravilla, queridita.

—No puedes negar que eres marino. ¡La Alegre Muchacha...! ¡Vaya un nombre para un barco!

—No es un barco —dijo muy serio Clinton—. Es mi compañera en esta vida, Cecily. Y todavía no he tenido en este mundo nada que me proporcione tantas satisfacciones como The Happy Girl. Dame un pedazo de papel y un bolígrafo.

—Si te es igual, te daré un bolígrafo entero y una cuartilla entera.

Clinton encogió los hombros. Escribió algo en el papel, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo, bajo la curiosa mirada de su cuñada, que preguntó:

—¿Qué has escrito?

—Si quieres saberlo, despídeme afuera.

Fue a un rincón del lujoso despacho, alzó una bolsa de lona sobre un hombro, y abrió la puerta dejando pasar a Cecily. Se acercaron juntos a la mesa de la señorita Riggs, que miraba entre desconcertada y enfurruñada al rubio marino.

—Señorita Riggs —dijo éste—. Es usted más bella que una puesta de sol después de una tempestad. En el mar, claro.

La muchacha parpadeó. Miró a Cecily, y de nuevo a Clinton.

—Muchas gracias —murmuró.

—De nada. Y yo diría más. Sus ojos son más bellos que las aguas de una bahía de los mares del Sur. Y su boquita me recuerda los más divinos arrecifes de coral que mis ojos marineros hayan contemplado jamás... ¿Qué le parece?

—Es usted muy amable —sonrió ya francamente la muchacha.

—Usted también va a ser amable, espero. ¿Me compra un boleto para una rifa benéfica? Y no es broma. Es a beneficio de las viudas y huérfanos de marinos desaparecidos en el mar.

—Con mucho gusto... ¿Cuánto vale? —aceptó la señorita Riggs,

tomando su bolsito y abriéndolo.

—La miserable cantidad de diez dólares.

—Me parece bien.

Tendió el billete, que Clinton se guardó, retirando la mano del bolsillo con el papel en el que había escrito, y que entregó a la muchacha.

—Su numerito, sol de medianoche en el mar. Le deseo mucha suerte en la rifa.

—Gracias... ¿Y cuál es el premio? —preguntó al mismo tiempo que desdoblaba la cuartilla y veía el número.

Se quedó boquiabierta al ver el número:

9484857646353849827191928383739875

Y al mismo tiempo que alzaba su bella carita estupefacta, le llegaba la respuesta del sonriente Clinton Davenport:

—El premio soy yo. Y no se desanime. Como suele decirse, todos los números estarán en el bombo. ¡Suerte, sirena!

CAPÍTULO II

Todavía estaba sonriendo recordando el furibundo sonrojo de Rosemary Riggs y la carcajada de Cecily cuando el taxi le dejó delante de la casa de su cuñada, en una encantadora calle en cuesta, nada menos que en Twin Peaks Park.

El taxista tomó sonriente el billete que le tendía Clinton.

—¿Le espero, señor?

—No, gracias. Si me echan, tomaré otro taxi.

Subió los peldaños de piedras desiguales con césped entremedio, empujó la puerta de rejas, y se encontró en el pequeño jardín, completamente cubierto de césped, con un par de palmeras enanas, setos bien recortados, flores... Había un sofá-columpio pintado de blanco, con almohadones azules, y fue a sentarse allí. Se balanceó, fija su mirada en las azules aguas de la bahía. La verdad era que no se estaba nada mal allí. Claro que era porque se veía el mar, claro...

—¿Qué hace usted aquí? —Oyó la áspera voz femenina.

«Ya tenemos aquí a la vieja», pensó Clinton, mirando hacia allá, donde había sonado la voz.

Se quedó petrificado. ¡Caracoles marinos...! Si era el ama de llaves, él se iba a quedar para siempre en aquella casa. Debía tener alrededor de treinta años, era guapísima, de grandes ojos oscuros, boca roja, cuerpo sensacional, elegantemente ataviado... Una señora tremenda, en suma.

Por fin, Clinton Davenport sacudió la cabeza y dijo, en español:

—Hola, tía Lola.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se ha atrevido a entrar aquí?

—Es que soy muy caradura.

—Si no se va inmediatamente, voy a llamar a la policía.

—Okay, Esther.

—¿Sabe usted mi nombre? —Parpadeó la bella Esther.

—Y hasta podría decirle qué talla de sujetador gasta.

Esther Miles enrojeció. Bruscamente, dio media vuelta y se dirigió hacia la blanca casa de tejado rojo y ventanas llenas de flores. Clinton suspiró, se puso en pie y fue tras ella. Entró en la casa cuando Esther estaba ya marcando un número en el teléfono del vestíbulo.

—Cuando llegue la policía —notificó— dígales que estoy bañándome arriba. Oh, por sí quieren saber mi nombre, es éste: Clinton Davenport, de profesión, afición y diversión: sus mares. Hasta luego, bella Esther.

El ama de llaves había dejado de marcar el número.

—¿Es usted... el señor Davenport? —exclamó.

—El soltero —puntualizó Clinton.

—Pero... ¡No es posible!

—¿Por qué no?

—Bueno... No sé...

—Ya verá como le parezco la imagen de mi hermano en cuanto me haya bañado, afeitado, y puesto un traje decente. Bueno, de los que los terrestres llaman decente, se entiende. Yo soy acuático. Ya sabe: chop, chop, de esos que viven en el agua.

Esther colgó el teléfono y se acercó todavía un tanto indecisa.

—Disculpeme, señor Davenport, pero...

—La entiendo, mujer. Bueno, hasta luego.

—¿Dónde ha dejado su equipaje? Se lo subiré a la habitación que le prepararé ahora mismo, mientras se baña.

—¿Mi equipaje? —Clinton alzó la bolsa de lona—. Omnia mecum porto... Es latín. Quiere decir, más o menos; todo lo que tengo traigo. ¿Sabe usted planchar, Esther?

—Sí... Sí, claro.

—¡Estupendo! Pues ya puede empezar con mis cosas. Pero lo primero de todo será alquilarme un coche por teléfono —frunció el ceño, y puso cara de asco—. En fin, no creo que sea posible desplazarse con La Alegre. Muchacha por San Francisco. Alquíleme un coche, por favor.

—Me encargaré de eso en seguida, señor Davenport.

—Okay. —Clinton la miró amablemente—. Y no entre en el cuarto de baño. Es que me baño desnudo, ¿sabe?

Se fue escaleras arriba. No necesitaba indicaciones de ninguna clase, pues conocía perfectamente la casa. Había estado allí muchas veces antes de que Esther llegase a prestar sus servicios. Entró en el cuarto que Cecily solía asignarle cuando los visitaba, fue al baño, abrió el grifo del agua caliente, y regresó al dormitorio. Estaba cansado, y, verdaderamente, sucio y pringoso. Pero mientras él tuviera dos manos, nadie tocarla su balandro, ni siquiera para engrasarlo.

Se sentó en una esquina de la cama, y quedó pensativo. Muy serio. Insospechadamente serio en un tipo atolondrado como parecía ser Clinton Davenport. Movi6 la cabeza. De un bolsillo sacó una vieja billetera de piel (de foca, decía Clinton), la abrió y sacó un papel muy doblado. Lo desdobló, y una vez más, lo leyó.

Por lo menos lo había leído veinte veces desde que se lo entregaron en la conserjería del edificio donde tenía su apartamento en Seattle, cuando regresó de su último viaje por mar. Y después de leerlo una vez más, volvió a quedar pensativo.

«Es curioso —reflexionó—. Llego a San Francisco y encuentro a Cecily defendiendo a una mujer. Voy a su despacho, y no hay ni un solo hombre. La única secretaria es mujer. Los propietarios de Hamerwell & Yannis, son mujeres. En esta casa, el servicio ha quedado a cargo de una mujer...».

Volvió a guardar cuidadosamente la carta, se desnudó y fue a meterse en la bañera. Un baño caliente: placer de dioses. Salió media hora después de la bañera, limpiísimo y en plena forma, y tras secarse y mirarse al espejo, decidió afeitarse. Un día es un día.

«Me he dejado los trastos de afeitarse en la bolsa; y la bolsa la tiene *madame* Esther. Vamos a ver si encuentro algo de Hal en el dormitorio de ellos».

Se envolvió en una toalla de cintura para abajo, y salió al pasillo. Justo en el momento en que Esther aparecía subiendo las escaleras, llevando en ambos brazos doblados algunas ropas. El ama de llaves respingó al verlo, y Clinton la miró sorprendido.

—¿Qué le pasa? ¿La he asustado?

Esther movió negativamente la cabeza, mientras contemplaba aquel cuerpo tan bronceado que parecía de barro, el musculado pecho velludo, los brazos rebosantes de músculos...

—No, no.

—Menos mal. Creí que le parecía feo. ¿Ha pedido el coche?

—Sí. No creo que tarden en traerlo.

—Estupendo. ¡Qué bien planchadita se ve mi ropa! ¿Dónde está mi bolsa?

—La he metido en la lavadora. Clinton Davenport palideció.

—¿Ha metido en la lavadora la bolsa de un marino? —gritó—. ¿Cómo se le ha ocurrido eso? ¡Vaya a sacarla ahora mismo, antes de que pierda toda la grasa y el salitre! ¡Maldita sea mi estampa...! ¿Qué pretende usted? ¿Que regrese con La Alegre Muchacha oliendo a detergentes en lugar de oler a mar? ¡Por todos los tifones que...! ¡Corra a sacar mi bolsa de esa máquina repugnante!

Esther Miles corría ya hacia abajo, a toda velocidad. Clinton se asomó por la escalera, sonrió, y se dirigió silbando hacia el dormitorio de su hermano Hal y su bella esposa Cecily.

Entró, y fue directo al cuarto de baño. Allá, en efecto, encontró una maquinilla eléctrica de afeitar. Refunfuñó un poco, pero no había navaja ni maquinilla de hoja. Se quedó mirándose en el espejo hoscamente. ¿Qué es lo primero que un hombre pone en su equipaje cuando sale de viaje? Pues, señor, la maquinilla de afeitar. Claro que una maquinilla de afeitar se compra en cualquier parte por unos cuantos dólares...

Salió del cuarto de baño, y se quedó mirando la cama de matrimonio. Una sola cama. Nada de camitas gemelas y cosas así. Todo estaba en orden, desde luego. Fue al gran armario empotrado y recorrió las puertas de la derecha. Luego, las de la izquierda. Estaba lleno de vestidos de Cecily. Y de Hal. En los cajones encontró ropa interior de su hermano, calcetines... Parecía que Hal Davenport fuese a regresar de un momento a otro, pues todas sus cosas estaban allí.

—¡Ya lo tengo! —exclamó en voz alta—. ¡El banderín!

Olvidando sus intenciones de afeitarse, Clinton se dedicó a la búsqueda del banderín. Un banderín deportivo. Al terminar la carrera, Hal Davenport y sus compañeros de promoción jugaron su último partido de *rugby*. Se tomó una fotografía de todo el equipo, para recuerdo in eternum. Luego, uno de los muchachos del equipo tuvo una buena idea: colocar las fotografías en banderines de la universidad con una palabra encima y otra debajo de la fotografía:

always friendship. Siempre amistad. Aquel banderín era lo único que Hal Davenport jamás dejaría atrás, fuese adonde fuese. Si estaba el banderín, estaba Hal Davenport. Si no estaba el banderín, Hal Davenport se había marchado.

Quince minutos más tarde, en un discreto lugar del dormitorio, cerca de la cómoda con espejo, Clinton encontraba la marca del banderín en la pared. Recordaba muy bien su forma y tamaño. No tuvo la menor duda El banderín había estado allí, pero ya no estaba.

Así pues, Hal Davenport se había marchado.

¿Por qué y adónde? ¿Solo? ¿Acompañado?

Sin dejar de pensar, Clinton regresó a su dormitorio se afeitó, se puso la ropa planchada que le había dejado Esther sobre la cama, y bajó al *living*. El ama de llaves entró tras él.

—¿Le sirvo ya el almuerzo, señor Davenport? Es muy tarde.

—Lo sé. ¿No va a venir Cecily?

—La he llamado, para... para decirle que usted estaba aquí, y me ha dicho que no podrá venir, que la disculpe.

—Ya supongo que tiene mucho trabajo. ¿A qué hora vendrá?

—Oh, no sé... Bueno, generalmente viene a las cinco y media.

—Eso quiere decir que terminan de trabajar a las cinco, más o menos, ¿no?

—Sí, más o menos.

Clinton se quedó mirando fijamente a la mujer.

—¿Qué noticias tiene usted de mi hermano?

—¿Yo? —Palideció Esther—. ¡Ninguna! ¿Qué... qué quiere usted decir?

—Solamente le preguntaba si él ha llamado a casa alguna vez desde que se marchó.

—Ah... No. No señor.

—Esther, como usted comprenderá, esto es... un poco violento para los dos, pero necesario. ¿Discutían con frecuencia mi hermano y Cecily?

—Bueno, yo... No sé...

—Vamos, vamos, Esther...

—Pues... Bueno, lo normal, supongo. Poca cosa.

—¿Está usted casada?

—No.

—Ah... ¿Divorciada?

—No, no.

—¿Viuda?

—Claro que no.

—Demonios. Pues entonces, ¿qué es usted?

—Me... me parece que no le entiendo...

—Si usted dice que las peleas entre Hal y Cecily eran «normales», significa, digo yo, que usted ha tenido esa clase de peleas, y que no les daba importancia. ¿Okay? Pero no está usted casada, ni divorciada, ni es viuda. ¿Con quién se peleaba usted? ¿Con la estatua de Lincoln?

—Yo sólo sé —deslizó fríamente Esther— que el señor y la señora discutían, cosa que me parecía muy normal. Tan normal como los besos que se daban luego. Jamás le di importancia a sus discusiones.

—Vamos a ver si por otro lado... ¿Alguna vez llamó aquí, a casa, alguna chica preguntando por Hal?

—Que yo sepa, no.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Pronto se cumplirán seis meses.

—Caracoles marinos... ¿Tanto tiempo hace que yo no venía por aquí...? En fin... Esto... Ejem... ¿Quizá algún caballero preguntó alguna vez por Cecily? Ya me entiende...

—Desde luego que no llamó ningún caballero... en ese sentido —replicó altivamente Esther.

—No se lo tome tan a pecho —sonrió Clinton—. Y hablando de pecho, ¿no querría usted salir conmigo esta noche?

Esther Miles volvió a enrojecer de pura furia.

—No señor —negó secamente—. Pero si quiere divertirse, le recomiendo el distrito de North Beach. Lo pasará muy bien allí.

—¿Cómo lo sabe?

Esther suspiró, como conteniéndose.

—¿Le sirvo el almuerzo?

—Sí, por favor —sonrió Clinton—. ¡Caramba, qué mal genio tiene usted, bella Esther! Espero que eso no le impida hacer una buena obra.

—¿Qué buena obra? —desconfió el ama de llaves.

—Comprar boletos para una rifa benéfica. Son a diez dólares.

Para las viudas y huérfanos de marinos desaparecidos en la mar. Y esto ya no es broma.

—Está bien, le compraré un par de boletos.

—Estupendo. Apuesto a que en San Francisco me voy a hinchar de vender boletos. Se los daré luego, cuando me haya hinchado de comida. Los marinos tenemos un apetito excelente, ¿sabe? Por eso del aire del mar, tan tonificante...

CAPÍTULO III

A las cinco menos diez de la tarde, Clinton Davenport conseguía aparcar en Sunset Boulevard, lo bastante cerca del edificio donde estaba el despacho de Hamerwell & Yannis.

Encendió un cigarrillo, se lo dejó colgando en los labios, guiñando un ojo para evitar el humo, y se dispuso a esperar.

A las cinco y veinte apareció Rosemary Riggs, absolutamente despampanante con su minifalda, que, de modo sorprendente, en ella resultaba elegante.

«No hay nada en la vida como tener gracia», se dijo Clinton.

La señorita Riggs entró en un *parking* que había al lado del edificio, y salió de allí un par de minutos más tarde al volante de su coche, un pequeño y bonito descapotable. Claro. Era tan linda que parecía uno de esos anuncios de coches con chica dentro, por si alguien se decidía a comprar el coche pensando que le darían también la chica.

El descapotable pasó cerca de él, que se encogió como pudo, mientras daba el encendido. Salió detrás cuidando de mantener la distancia, aunque no era de esperar que Rosemary Riggs se diese cuenta de que la seguían. O quizá sí. Cualquiera se fía de una mujer.

A los pocos minutos de rodar tras el descapotable, Clinton Davenport comenzó a fruncir el ceño. Antes de abandonar la casa de su hermano, y después de venderle sin más explicaciones los boletos a Esther, había mirado en la guía telefónica, y había localizado el domicilio de la señorita Riggs. Riggs, Rosemary. 215, Cass Treet. Pues bien; salvo que él conociese San Francisco mucho menos de lo que pensaba, la señorita Riggs no se dirigía a su

domicilio.

«A lo mejor, el bombón tiene una cita».

Esto era tan posible que estuvo tentado de acelerar y colocarse junto al coche de la muchacha para hacerle señas de que quería hablar con ella. Pero, a fin de cuentas..., ¿qué prisa tenía? Muy bien podía esperar, y de paso se enteraría de la vida privada de la rubita, que quizá resultase interesante.

«Aunque no veo qué puede tener de interesante conocer a un tipo guapo que tenga por pasatiempo favorito besar al bombón. Más bien creo que me sentiría fastidiado».

Finalmente llegaron a Bayshore Freeway, y siguieron hacia el sur. Para entonces, Clinton estaba convencidísimo de que la señorita Riggs no se dirigía a su apartamento, desde luego. Además, muy pronto saldrían de los límites de la ciudad.

Y de pronto, la señorita Riggs salió de la carretera, hacia el estacionamiento de una cafetería que tenía un nombre originalísimo:

Joe's.

Detuvo el coche allí, se apeó y entró en el establecimiento.

Clinton detuvo el coche lo más alejado que pudo del de la muchacha, pero lo bastante cerca de la cafetería para poder mirar a su interior a través de los cristales. Allí estaba Rosemary Riggs, sentada en uno de los taburetes. El camarero la miraba sonriente, y asentía. Claro. El camarero estaba encantado de la vida. Le sirvió lo que a Clinton le pareció un martini.

«Muy bien... ¿Dónde está el afortunado? ¿Cómo se atreve a dejar circular sola a semejante pimplito?».

El «afortunado» apareció junto a Rosemary un par de minutos más tarde, cuando la muchacha estaba saboreando su bebida. Y Clinton Davenport quedó entre atónito y furioso. ¿Cómo se atrevía un tipo tan vulgar a tener tratos con una chica como aquélla? Era un sujeto bajo, grueso, barbudo, con lentes oscuros, que llevaba un traje azul oscuro, y que, ciertamente, debía tener el doble de la edad de la señorita Riggs, es decir, alrededor de cincuenta años.

«¿Dónde he visto yo antes a ese tipo?», se encontró pensando Clinton.

Le resultaba familiar. Sí, estaba seguro de haberlo visto antes, pero no conseguía recordar dónde y en qué circunstancias. La

señorita Riggs le había mirado al ser interpelada, le escuchó atentamente y asintió unos segundos después. La muchacha sonreía. ¡Por cien mil tifones, qué sonrisa...!

Rosemary Riggs había abierto su bolsito, sacó un sobre y lo tendió al hombre, que lo tomó, hizo un gesto de saludo y movió los labios como diciendo «gracias», e inmediatamente salió de la cafetería.

«No creo que sea una carta de amor».

El tipo de las barbas se fue directo a un coche, se metió dentro y partió. Clinton Davenport partió tras él sin vacilar un instante.

De nuevo en Bayshore Freeway, hacia el sur. Pues muy bien: hacia el sur.

Cinco o seis minutos más tarde, el sujeto de las barbas metía el coche por un camino, abandonando Bayshore Freeway. A poca distancia de allí, entre pinos, y precisamente en la dirección que seguía el sujeto, Clinton vio el gran letrero indicador, vertical, de tal modo que podía ser visto fácilmente desde la carretera: Sunshine Motel.

Poco después, el sujeto entraba en el motel y dirigía su coche hacia las cabañas. Tras él, por supuesto, entró Clinton, conduciendo muy despacio, fija su mirada en el coche del barbudo personaje que no lograba recordar.

Por fin, el coche perseguido se detuvo. El barbudo se apeó, y fue directo hacia la cabaña frente a la cual había detenido el coche. Sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y entró.

La decepción de Clinton era tremenda. ¿Se habían citado en el motel aquel sujeto y la señorita Riggs? Le pareció que era lo mismo que pensar que una paloma había citado a un buey viejo, y acabó moviendo negativamente la cabeza. No. Fuese lo que fuese lo que hubieran tratado Rosemary y aquel sujeto, su relación había terminado. Todo había consistido en la entrega del sobre, y luego, cada cual por su lado.

Salió del coche, que dejó alejado de la cabaña en cuestión, y se acercó a ésta a pie. Le pareció estupendo que el motel fuese de ésos tan tranquilos y discretos en los que parece que nunca haya nadie. O por lo menos, no veía a nadie que pudiese verlo a él, así que se decidió. Quería saber con quién se entrevistaba allí aquel tipo. Y si estaba solo, ya se las arreglaría para saber quién era y qué hacía

allí, y qué contenía aquel sobre.

Llegó a la cabaña, subió silenciosamente el pequeño porche, y se deslizó hacia una de las ventanas frontales. Un simple vistazo al interior quizá podría despejar muchas incógnitas. Se detuvo junto a la ventana, y se asomó cautelosamente.

En seguida vio al barbas.

Estaba en el centro del pequeño *living*, y tenía el sobre en las manos. Lo había abierto, y del interior sobresalían billetes, que el hombre contaba rápidamente. Por pensar algo, ya que estaba tan desconcertado que su mente tendía a quedar en blanco, Clinton pensó que en aquel sobre debía haber no menos de cinco mil dólares.

De pronto, el hombre cerró el sobre, y se lo guardó en un bolsillo. Clinton se apresuró a retirar su cabeza, pues el sujeto podía muy bien mirar hacia allí aunque fuese casualmente. Se alejó rápidamente de la cabaña, y poco después estaba de nuevo al volante de su coche, muy pensativo.

La señorita Riggs le había entregado dinero a aquel sujeto. Muy bien.

¿Qué podía significar eso?

Sacó su billetera de piel (de foca, claro, según decía él), la abrió, y volvió a sacar aquel papel que había leído más de veinte veces. Y otra vez lo leyó. Y otra vez. Y otra.

Lo guardó de nuevo, guardó la billetera y se quedó mirando hacia la cabaña. ¿Qué tal si él fuese allá, agarrara por las orejas al barbas y le convenciera de que debían charlar amistosamente unos minutos?

Esto tenía un solo inconveniente, pero muy grande. Si todo aquello era normal y honrado, el sujeto no dejaría las cosas a su aire, sino que avisaría a la policía, o, cuando menos, se lo diría a Rosemary Riggs. O quizá a la propia Cecily, la cual identificaría al marino que tan rudamente habría tratado al barbas, y entonces, nada habría servido de nada, sobre todo lo de llegar allí hecho un tonto...

Justo entonces, el sujeto reapareció en el porche de la cabaña.

Nueva sorpresa para Clinton Davenport. Aquel sujeto que salía no era el sujeto que había entrado. Parecía el mismo, pero no lo era. Éste no llevaba barba, ni lentes oscuros. Pero, en cambio, llevaba el

mismo traje, su estatura y su tipo eran idénticos al del barbas, caminaba igual, fue hacia el coche del barbas, lo puso en marcha, se dirigió hacia la salida del motel...

Para entonces, Clinton había conseguido cerrar la boca venciendo su pasmo, y, comprendiendo perfectamente lo sucedido. Aquel tipo se pone una barba postiza y unos lentes oscuros, se va a Joe's,

aborda a Rosemary Riggs, y ésta le entrega el sobre. Luego, el tipo va al motel donde ha alquilado una cabaña, cuenta el dinero, se quita la barba postiza y los lentes y se larga. Y otra cosa: ahora, sin lentes oscuros y sin barba, Clinton había recordado perfectamente al sujeto. Incluso recordaba muy bien su nombre: Charles Mulloy.

Puso en marcha el coche y salió del motel, detrás del tal Charles Mulloy, pero ya sin intenciones de seguirle, porque sabía que podría encontrarlo en cuanto quisiera. No sería difícil. Además, Clinton estaba muy ocupado pensando en Rosemary Riggs. El hecho de que Mulloy se hubiese presentado a ella disfrazado indicaba claramente que no quería ser identificado. Es decir, que no confiaba en Rosemary.

—Magnífico —decidió el marino.

Y siguió conduciendo hacia San Francisco.

CAPÍTULO IV

Rosemary Riggs llegó a su apartamento más tarde de las ocho, cuando ya comenzaba a anochecer.

Cerró la puerta, corrió al dormitorio, se quitó los zapatos y la ropa, y se puso una batita deliciosa. Luego fue al *living*, escogió uno de los discos de su bien surtida discoteca y lo puso en el hi-fi.

Seguidamente, de la librería tomó el libro de leyes que tenía en estudio y lo dejó sobre el sofá. Perfecto. Del tocadiscos de alta fidelidad brotaba ya la música: El vuelo del moscardón, de Rimsky Korsakov. Superperfecto.

¿Había cigarrillos en la cajita...? Sí, había cigarrillos. Apagó la luz del techo y encendió la lamparita de pie cercana al sofá. Superperfectísimo. Todo preparado. Ahora iría a la cocina, vería qué tenía por allí y...

¡Rinnnggg...!

—Oh, no —cerró los ojos Rosemary—. Hoy, no.

Se fue hacia la puerta, pensando en lo que le diría a su amiga Margaret, su vecina de apartamento, para que aquella noche la dejase estudiar. Bueno, la atendería unos minutos, desde luego, pero no estaba dispuesta a pasarse dos horas charlando.

No era Margaret.

Al abrir la puerta, vio al sujeto con ropas de marino, que se quitó la gorra, dejando escapar sus greñas rubias.

—Buenas tardes, señora. Verá usted, vendo números para una rifa benéfica que... ¡Señorita Riggs! ¿Es usted?

Y Clinton Davenport se quedó mirándola asombradísimo, sosteniendo su gorra en alto por encima de su cabeza. Por su parte, Rosemary Riggs consiguió salir de su asombro y frunció el ceño.

—¿Qué desea usted, señor Davenport? —preguntó hoscamente.

—Pero... ¡qué casualidad! Andaba por aquí, vendiendo números para la rifa benéfica que... ¿No querría usted otro número?

—No señor —refunfuñó Rosemary.

—Tenga en cuenta que cuantos más números compre, más probabilidades tendrá de que le toque el premio.

—No me interesa el premio que usted ofrece. Por favor, diga lo que desea y márchese.

—¿No puedo pasar?

Rosemary Riggs vaciló. Por fin se apartó de la puerta, que cerró cuando Clinton hubo entrado. Se volvió hacia él, y lo encontró en actitud de gran escucha, con una mano tras una oreja, adelantándola.

—¿Qué oigo...? ¿No es ese El vuelo del moscardón?

—Sí.

—Por cien mil focas... ¿Sabía usted que yo iba a venir?

—¿Que yo sabía...? ¡Claro que no!

—Ah. Como ha puesto El vuelo del moscardón... Bueno, es verdad. En todo caso, cuando me presenta, cuando crea que voy a llegar, lo que tiene usted que poner en su tocadiscos es La *suite* del gran tiburón.

—Lo tendré en cuenta —intentó reprimir una sonrisa la muchacha—. ¿Qué desea usted de mí?

—En primer lugar, ¿no podría quitar esa música y poner... El vals de las olas, por ejemplo? Es una música más marinera. ¿Le gusta a usted el mar, señorita Riggs?

—Me encanta el mar, señor Davenport. Mire, no quisiera parecerle descortés, pero tengo mucho que estudiar esta noche, y...

—Oh, sólo la entretendré diez o doce horas.

—¿Diez o do...?

—Y a propósito, ¿qué estudia usted?

—Leyes, naturalmente.

—¿De veras? —Clinton la miró de pronto seriamente, con un extraño destello en los ojos—. ¿Usted también quiere que su nombre sea añadido a Hamerwell & Yannis?

—Para empezar, no estaría mal. Pero tengo proyectos más... independientes para cuando termine la carrera.

—Eso es magnífico. ¿Quiere ser independiente? Bueno, pues cómprese un balandro y vaya mar adentro. Allá nadie la molestará en lo más mínimo. Pero, oiga, digo un balandro, ¿sabe?, a vela, nada de esos artefactos que hacen pa-ta-pa-ta... ¿Comprende?

—Sí. Pero, señor Davenport, insisto en que...

—Está bien, está bien. Si tanto insiste, acepto.

—Acepta..., ¿qué cosa?

—Su invitación a cenar. Y como soy una persona agradecida, desde este mismo momento queda usted invitada a dar un paseo en La Alegre Muchacha...

—No acostumbro ir a ciertos lugares de diversión, señor Davenport.

—Éste le gustará —rió Clinton—. ¿Sabe una cosa? Estoy dispuesto a hacer trampas.

—¿Trampas?

—Sí, mujer. En lo de la rifa benéfica. Haré trampas para que el premio le toque a usted. ¿Le he dicho ya que es usted más hermosa que una playa de arenas doradas al amanecer?

—No —sonrió Rosemary—. No me lo había dicho.

—¡Me daría de bofetadas...! Hagamos un trato. Usted prepara algo para masticar y yo preparo algo para beber. ¿Okay? Para terminar de convencerla de que es agradable escucharme, le diré que si usted fuese una ola del mar, yo me pasaría el día en la playa. ¿Qué le parece?

—Me ha gustado más lo de la playa de arenas doradas al amanecer. Está bien, señor Davenport —se dio por vencida—. Le invito a cenar. Pero no acostumbro tener en casa bebidas de las que creo que a usted le gustan.

—Oh. ¿Ni siquiera martini?

—Pues no, no tengo martini.

—Es extraño, considerando que le gusta. ¿O no era martini lo que tomó usted en aquella cafetería?

Rosemary Riggs parpadeó. Luego se mordió los labios.

—¿Me ha estado siguiendo usted? —susurró.

—Dígame otra cosa que valga más la pena en esta ciudad. Seguirla a usted es como... como seguir una bella ola de alta mar, llena de espuma blanca que brilla como oro al sol, y que jamás quisiéramos dejar de contemplar. ¿Qué le ha parecido?

—Esto también me ha gustado. Pero no me ha gustado su... persecución, señor Davenport. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿No tiene ninguna música relacionada con el mar?

—¿Le sirve Los remeros del Volga?

—No señorita —refunfuñó Clinton—. Que yo sepa, el Volga es un río. Si sabe usted lo mismo de leyes que de Geografía, está lista. Me gustaría ver qué está estudiando usted, concretamente.

Rosemary señaló el libro que había dejado sobre el sofá y se fue a la cocina. Clinton se sentó, tomó el libro y comenzó a hojearlo. Cuando Rosemary regresó con una bandeja en la que había colocado lo que había encontrado en el frigorífico, Clinton Davenport parecía grandemente interesado en la lectura, así que Rosemary se sentó a su lado, colocó la bandeja sobre la mesita y se quedó mirándolo. Cada vez más fijamente y cada vez más sorprendida. ¡Qué cuello tan musculado tenía el señor Davenport! Y qué hombros tan anchos, qué manos tan grandes y fuertes, qué frente tan despejada, qué...

—Caramba —dijo de pronto Clinton, volviéndose a mirarla y sobresaltándola—. Esto es bueno, ¿ve? Las leyes deben evolucionar adaptándose a los nuevos sistemas de vida. Cuando yo estudiaba, esta disposición legal sobre...

—¿Cuando usted estudiaba? ¿Qué cosa?

—Qué pregunta tan tonta. Pues leyes, naturalmente.

—¿Usted ha estudiado leyes? —Se pasmó Rosemary.

—Claro. Y mi hermano. Los dos somos abogados. ¿No lo sabía usted?

—Bueno, sí, sabía lo de su hermano, pero me parecía que... que usted...

—Ya sé. Le parezco un chiflado muerto de hambre. ¿A que sí?

—Pu... pues no es eso precisamente, pero...

—Tendré que ponerme un traje decente según el punto de vista terrestre. Entonces, quizá le parezca un abogado, que es lo que soy. La muchacha no salía de su asombro.

—Pero si usted es abogado... ¿por qué se pasa la vida perdiendo el tiempo en el mar?

Clinton Davenport se quedó mirándola atentamente.

—Usted no puede ser tan tonta, señorita Riggs. ¿Perciendo el tiempo en el mar? Bueno, son puntos de vista. En el mar, navego,

tomo el sol, pesco, pienso... ¿A eso le llama usted perder el tiempo?

—No he querido molestarle —murmuró Rosemary.

—¿Sabe usted una de las cosas buenas que tiene el mar, tal como yo lo entiendo? Uno está siempre solo y aprende a no hacer caso a los demás. Por tanto, es muy difícil que alguien consiga molestarme. No sé si me explico.

—Sí... Sí, se explica usted muy bien.

—Me alegro. En cuanto a ejercer de abogado..., ¿para qué, si ya tenemos a Perry Mason?

—¿A... a quién?

—¡No me diga que no ha oído hablar de Perry Mason! Vamos, vamos, señorita Riggs...

¡Pero si es el abogado que más casos ha resuelto en San Francisco!

—Pe... pero... pero Perry Mason es... es un personaje de ficción, de... de novela...

—¿De veras? —Quedó estupefacto Clinton—. ¿Qué le parece? ¡Y yo que me retiré de la profesión porque estaba convencido de que nunca podría ser tan bueno como él! ¿Qué tenemos para cenar? ¡Oiga...! ¡Eso parece salmón! —señaló jubilosamente.

—Es salmón.

—¿De mar o de río?

—No sé. No se lo he preguntado.

Clinton Davenport sonrió anchamente, guiñó un ojo y dio una palmada en una rodillita de Rosemary.

—Me parece que ya vamos congeniando. Yo siempre digo que las personas que no tienen sentido del humor deberían estar en una jaula, para que los demás las contemplemos con curiosidad, preguntándonos unos a otros: ¿Qué clase de bicho raro es éste, compadre? En cuanto al salmón, yo le diré si es de mar o de río en cuanto le hinque el diente. Vamos a ver —tomó el emparedado, lo mordió, y, apenas masticar un par de veces, puso cara de asco—. ¡Puag!

—¿Es de río? —Lanzó una carcajada Rosemary.

—Yo diría que de charca. Nos vamos a hacer un favor mutuamente, pequeña Rosemary. Yo le diré cómo debe seleccionar usted sus compras de pescado y usted me dirá por qué le entregó todos aquellos miles de dólares al tío de las barbas. ¿Vale?

—¿Miles... de dólares? —Respingó ella.

—Alrededor de cinco mil.

—Pero yo no... yo no sabía que aquel sobre contenía dinero, señor Davenport. ¿Y cómo lo sabe usted?

Clinton tomó la mano de Rosemary y le puso en ella el bocado de salmón.

—Está horrible, pero quizá a usted le guste. ¿Conoce bien al tío de las barbas? ¿Quién es?

—No sé. No le había visto nunca.

—¿Y sin conocerle le entregó usted cinco mil dólares, por ejemplo?

—Yo sólo le entregué un sobre que la señora Davenport me dijo que fuese a llevar a ese lugar. Un hombre llamado Spencer me pediría el sobre, yo se lo entregaría y eso sería todo.

—Entonces, usted seguía instrucciones de mi cuñada.

—Naturalmente.

—¿Y no sabía usted que ese hombre no se llama Spencer?

—¿No se llama Spencer?

—No. Cuando lo vi con las barbas, no lo reconocí pero estaba seguro de que lo había visto antes. Lo recordé en el acto, apenas verlo sin la barba y los lentes. Pero no crea que se afeitó. La barba era postiza.

—¿Me está tomando el pelo, señor Davenport?

—No. El nombre verdadero de ese Spencer es Charles Mulloy. ¿Lo conoce usted?

—¿Charles Mulloy? No... No lo recuerdo.

—¿Usted no acostumbra asistir a los juicios en los que interviene mi cuñada como abogado defensor? ¿No estuvo en la Corte esta mañana?

—No. Yo siempre estoy en el despacho. Alguna vez la señorita Davenport me llama por teléfono para que le lleve algunos documentos, pero regreso en seguida. Mi trabajo está en el despacho..., por ahora.

—Entiendo. ¿Qué? ¿No se atreve con el salmón?

—Oh, sí.

Rosemary mordió el bocado y Clinton, tras contemplarla incrédulamente porque la muchacha no ponía cara de asco, tomó uno de jamón de York, lo mordió y movió la cabeza.

—Debería usted cenar algo más nutritivo, pequeña Rosemary —dijo—. Una cena en toda regla, ¿comprende? No es conveniente pasar el día con bocadillos.

—Tenía que estudiar. Y no dispongo de mucho tiempo.

—Pues hay que encontrar tiempo para cuidarse, créame. Porque si uno se muere..., ¿qué le queda?

—¿Qué le...? ¡No le queda nada!

—Ahí quería ir a parar yo. De modo que la próxima vez que me invite a cenar, tenga la bondad de preparar algo interesante. ¿O no sabe cocinar?

—Me defiendo. Oh, por Dios, dígalo de una vez; ¿quién es ese señor Mulloy?

—Es el testigo que con sus declaraciones inclinó a los miembros del jurado a emitir un veredicto de inocencia para la señorita... Wighman, creo que se llamaba. Althea Wighman, ¿no?

Rosemary había palidecido, y sus ojos, muy abiertos, contemplaban a Clinton con expresión poco menos que horrorizada.

—¿Qué... qué está usted tratando de decir?

—Yo no trato de decir las cosas. Las digo. Y estoy seguro de que usted me ha entendido perfectamente, señorita Riggs.

—Pero lo... lo que usted dice es... es terrible... A menos que... que ni usted mismo comprenda el alcance de sus palabras.

Clinton la miró irónicamente, aunque con cierto afecto.

—Conozco perfectamente el alcance de mis palabras. En el mar en calma, quizá una milla; en mar picada, calculo que cuatrocientas yardas; en mar gruesa...

—¡No es momento de bromas!

—En efecto, no es momento de bromas. Celebro que por fin lo haya entendido. ¿Quiere leer una carta, pequeña Rosemary?

—¿Qué carta?

Clinton sacó su billetera de piel (de foca, por supuesto), extrajo de ella la carta y la tendió a la muchacha.

—La he leído veinte o treinta veces. O más, no sé. Dígame qué entiende usted ahí.

«Querido hermano:

»Te he estado llamando por teléfono a tu apartamento, pero supongo que estás en el mar, así que te escribo para que en cuanto llegues encuentres la carta y te pongas en contacto conmigo. Esto, suponiendo que antes no me haya muerto de asco, o no haya podido permanecer aquí ni un minuto más. Estoy profundamente decepcionado al ver lo que algunas personas hacen con nuestra profesión. Quizá tenías razón al abandonarla. Y de todos modos, durante tus largas estancias en el mar, quizá hayas pensado tanto que puedas ayudarme a resolver esto. No sé qué hacer. Por un lado, mi deber, mi obligación, no admite dudas. Por otro lado, está mi amor por Cecily, Clint; ella lo va a estropear todo. Ni siquiera me sorprendería que la angelical señorita Riggs formase parte del engaño, aunque la verdad es que no lo creo posible; es una chica admirable. Me parece imprudente darte más detalles por carta, así que espero noticias tuyas... si como te digo, no me he muerto de asco o me he largado a China con tal de no ver a Cecily, a la que a pesar de todo, sigo amando.

»Recibe un abrazo de tu hermano

»HAL».

Rosemary Riggs quedó unos segundos pensativa, fija su mirada en la carta. Luego la devolvió a Clinton, que la guardó y siguió comiendo bocadillo de jamón de York.

—Entonces —murmuró de pronto la muchacha—, usted ya sabía quién era yo cuando esta mañana en el despacho...

—Sí. Me pregunto si usted ha comprendido el alcance de esta carta, señorita Riggs. La verdad, yo le estuve dando vueltas y

vueltas, pero no acabé de comprender lo que significaba hasta que vi al tío de las barbas salir sin ellas de aquella cabaña del motel. La pregunta que me hice y la que supongo se está haciendo usted es ésta: ¿Por qué Cecily le envía dinero al testigo cuyas declaraciones han salvado a la señorita Wighman?

—Bueno... Pueden haber tantas razones...

—¿De verdad? Entonces también habrán razones para explicar el hecho de que ese sujeto se presente a usted en un lugar prácticamente fuera de la ciudad, con barba y dándole un nombre falso. ¿Se le ocurre alguna razón para esto?

—No —tragó saliva Rosemary—. No.

—A mí, sí. En primer lugar, es evidente que Cecily no ha querido correr el riesgo de que la viesen con Charles Mulloy, por muy disfrazado que fuese éste. En segundo lugar, el hecho de que ese sujeto se haya disfrazado para entrevistarse con usted, es para mí muy... agradable. Significa que usted no está metida en esto. Y en tercer lugar, si Cecily no ha querido ser vista entregando dinero a Mulloy, ni corre el menor riesgo en este sentido, es porque esa operación no es honrada.

—Usted... usted está dando a entender que la señora Davenport pudo... haber sobornado a ese testigo.

—¿Le parece imposible?

—Bueno, no, pero...

—Retrocedamos en el tiempo, señorita Riggs. ¿Es la primera vez que usted lleva un sobre a alguna persona?

—No —palideció Rosemary—. No es la primera vez, no...

—¿Cuántas puede recordar?

—No sé... Diez o doce... No estoy segura.

—Eso, en el poco tiempo que lleva usted en la firma Hamerwell & Yannis.

—Bueno, como desde el principio tuve que hacerlo, pues... no le encontré nada raro.

—La comprendo. La firma Hamerwell & Yannis

es muy famosa, resuelve todos los casos favorablemente para sus clientes. Ahora, fíjese bien, señorita Riggs. Mañana eche usted un vistazo a los archivos. Vea esos casos resueltos tan magistralmente por

Hamerwell & Yannis,

y vea si, un día o dos después del juicio en el que el acusado era declarado inocente, recibía el encargo de ir a repartir sobres. ¿Me entiende?

—Sí, sí.

—Naturalmente, sin que Cecily se entere de nada.

—Creo... creo que no debería hacerlo, señor Davenport.

—Escuche, pequeña Rosemary —dijo de pronto duramente Clinton—. Mi hermano se ha largado asqueado, pero yo no amo a Cecily, así que no pienso dejar las cosas así. Usted está estudiando leyes, ¿no es así?

—Sí, sí, claro.

—Muy bien. Parece una chica inteligente, así que es muy posible que consiga su título de abogado. Bueno, ¿por qué quiere usted ser abogado?

—Me gusta. Considero que es una profesión interesante, muy útil y...

—¿Y respetable?

—¡Claro que sí! —exclamó Rosemary.

—De acuerdo. Pero también es muy dura, a menos que uno esté muy bien preparado. Quizá usted lo esté Pero quizá no... Quizá no sea usted genial, en cuyo caso, tendría que conformarse con un empleílllo en una firma importante, como tuvo que hacer Cecily. Quizá usted se resigne, pero hay otras personas que no se resignan, y, para llegar «arriba» hacen lo que sea. Por ejemplo, ganar casos sorprendentes, de modo que sus jefes de la firma importante están encantados, y, finalmente, le conceden un sitio en la firma..., ignorando, claro está, que su prestigio, sus victorias, están basadas en sobornos y perjurios. ¿Usted haría eso?

—No. Y usted no puede probar que lo haya hecho la señora Davenport.

—No puedo por ahora. Pero lo intentaré. Y ojalá me equivoque, y cuando Hal se vuelva a poner en contacto conmigo pueda decirle que estaba equivocado, y que vuelva junto a su esposa, a la que tanto ama. Vea si mis motivos para remover este asunto son buenos, señorita Riggs. Quiero asegurarme de que Cecily no está ensuciando la profesión, quiero asegurarme de que unos futuros culpables no serán declarados inocentes, y quiero asegurarme de que mi

hermano, si me equivoco, pueda volver junto a la mujer que ama.
¿Le parece que hago mal?

—No, señor.

—Gracias. ¿Fisgará en los archivos de la
Hamerwell & Yannis?

—Sí, lo haré.

—Estupendo. ¿Comprará salmón del bueno la próxima vez que
me invite a cenar?

—Sí —sonrió temblorosamente Rosemary.

—¿Y algún disco referente al mar?

—Desde luego.

—Usted es formidable, pequeña Rosemary.

—Y usted... usted no es lo que parece a primera vista.

—Maldita sea mi estampa... ¿Quiere decir que no parezco un
lobo de mar?

—Oh, sí. Eso sí, pero...

—Suficiente —suspiró cómicamente aliviado Clinton—. Eso es lo
que quiero ser y parecer. ¿Y sabe por qué, pequeña mía?

—¿Por qué?

—Porque me di pronto cuenta de que como abogado no era
precisamente un genio, así que lo dejé y me dediqué al mar, que es
lo que siempre me ha gustado.

—Entonces, ¿por qué no estudió cosas del mar, en lugar de
leyes? Por ejemplo, capitán de...

—Capitán de narices. Mi bisabuelo fue abogado, mi abuelo fue
abogado, mi padre fue abogado, mi hermano estaba estudiando
para abogado..., ¿qué otra cosa podía ser yo sino abogado? Así que
estudié para abogado. Hasta que un día comprendí que estaba
haciendo el idiota, lo dejé todo y me fui al mar.

—¿Y eso es todo?

—Por el momento, sí. Como usted, yo también estudio a solas,
adorable pequeñuela.

—¿Para ser capitán de narices?

Clinton Davenport se desplazó en el sofá, acercándose a la bella
rubita.

—Si su nariz fuese un barco —susurró—, seguro que me hacía
capitán de narices, bella ola encrespada.

—Pero mi nariz no puede ser... gobernada... como un barco,

señor Davenport.

—Yo creo que sí, querubín pequeñajo.

—Imposible...

—Podríamos probar.

—¿Y cómo, capitán?

—Yo de esto entiendo mucho. Por ejemplo, si su nariz fuese un barco, yo diría: avante un tercio.

—¿Sólo... un tercio?

—Bueno, pues... ¡avante otro tercio!

—Ya está —susurró Rosemary, acercando más su rostro al del capitán de narices.

—Sí, ya está.

—¿Y qué más?

—Ejem... Bueno, ¡viento en popa a toda vela, avante otro tercio!

—Si avanzo otro tercio vamos a chocar, capitán.

—Se dice «colisionar», barquito velero.

—Pues colisionaríamos... ¿No?

—En ese caso... abandonaríamos el barco en el bote salvavidas.

—Entonces... no hay peligro... de morir ahogados.

—Ninguno, diminuto mar de mis más bellos periplos.

—Pues... avante... otro tercio...

Naturalmente que hubo colisión.

Cuando los labios de Rosemary Riggs llegaron a los suyos, Clinton Davenport se encontró metido en plena tempestad. Como aquella que estuvo a punto de costarle la vida una vez, en alta mar. Había olas de más de tres metros, y las veía chocar unas con otras, formando toneladas de espuma bellísima, crujiendo, chascando, estallando con tremendo fragor en el aire húmedo.

Cuando apartó un poco a Rosemary, ella estaba con los ojos cerrados y la boquita entreabierta.

—Ey, nena.

—¿Hemos naufragado? —preguntó ella sin abrir los ojos.

—Me parece que no.

—Entonces... sigamos navegando, mi capitán. Como llevamos botes salvavidas, no hay cuidado.

Clinton Davenport recordó en aquel mismo instante las palabras que con tanta frecuencia solía repetirle su madre: «Cuidado con las señoras, Clint, hijo mío...».

Pero eso había sido hacía años. Ahora, él, Clinton Davenport era un capitán... de narices.

CAPÍTULO V

—Mi nariz me lo ha advertido —dijo Clinton, apareciendo en la terraza—. Por allá se cuece algo bueno. Y aquí estoy.

Cecily se quedó mirándolo con el ceño fruncido, pero sonriente.

—¿Se puede saber de dónde sales? —se interesó.

Clinton se sentó delante de ella, ante la redonda mesa tan bien puesta, y que olía estupendamente. Paseó sus narices por encima del desayuno y se frotó las manos.

—¡Ajaja...! ¡Traigo un apetito de ballena! Cecily bebió un sorbo de café.

—Te estuve esperando anoche, para cenar juntos, Clinton.

—Vaya, sí que lo siento —movió él la cabeza, sirviéndose tres huevos fritos con tomate y tocino—. Estuve ocupado.

—¿Buscando a Hal? —murmuró Cecily.

—Sí. Bueno, también navegué un poco..., hasta esta mañana. Hace una hora que dejé el barco.

—¿Has estado navegando toda la noche? —se sorprendió ella—. ¿Ni siquiera en momentos como éste puedes parar en tierra firme?

—Ya ves. ¿Alguna noticia?

—Claro que no —bajó ella la mirada, triste—. Y no creo que Hal quiera comunicarse más conmigo, Clinton.

—Pero quizá lo haga conmigo. Es posible que se entere de que estoy en casa y me llame... ¡Hola, tía Lola! Hermoso día, ¿no es cierto?

La recién aparecida Esther se colocó junto a la mesa, inexpresiva.

—¿Qué desea para desayunar, señor?

—Oh, me las arreglaré con todo esto. Espero tener suficiente. Ah, pero esta noche me gustaría cenar salmón. De mar. ¿Es posible?

—Por supuesto que sí, señor.

—Estupendo.

—¿No almorzarás en casa? —Alzó las cejas Cecily.

—No. Voy a dar una batida por ahí, a ver si localizo algunos viejos amigos que quizá sepan algo de Hal. ¿Tienes algún juicio hoy?

—No. ¿Por qué?

—Porque me encanta verte actuar. Avísame cuando tengas algo bueno. Es mejor que ir al cine.

—Me parece que te estás burlando de mí.

—Claro que no, querida. Hola, tía Lola —miró a la inmóvil Esther—. ¿Espera algo? ¿Quizá quiere más números de la rifa benéfica?

—La señora Davenport me ha informado del... premio. Y debo decirle que perdí interés inmediatamente por esa rifa, señor.

—Oiga, ¿por qué no le soy simpático? —protestó Clinton—. Si es por la barba, iré a afeitarme ahora mismo. Y hoy, pienso ponerme un traje elegante y serio —miró a Cecily—. Es decir, si no te molesta que use los de Hal.

—Claro que no. Al contrario. Esas ropas que llevas están bien para ir en balandro, pero no me parecen apropiadas para la vida en tierra firme. ¿No quieres decirme nada, Clinton?

—¿Decirte? —se sorprendió el marino—. ¿Qué cosa?

—Pienso que... que quizá ya has visto a Hal y que no quieres decirme dónde está, ni qué te ha dicho.

—No lo he visto, de verdad. Pero ya te digo que hoy voy a dedicarme a visitar viejos amigos de ambos. Bueno, si ni siquiera pudiste encontrarlo en vuestra cabaña de San Rafael, es que tiene que estar muy enfadado, Cissy. Pero no te preocupes —añadió rápidamente—. En cuanto le vea, arreglaremos esto. Y a propósito de la cabaña, ¿no se llevó la llave?

—Siempre la llevaba encima, con las demás.

—Entonces..., ¿tendrías inconveniente en dejarme la tuya? Me gustaría ir a echar un vistazo por allí. Pero no hoy. Quizá mañana, o pasado. ¿Te parece bien?

—Sólo conseguirás perder el tiempo, Clint.

—Bueno, por una vez que estoy en tierra no veo por qué no he de pasear. No tengo otra cosa que hacer.

—Está bien. —Cecily terminó el café y se puso en pie—. Tengo que irme ya. Le daré la llave a Esther ahora mismo y ella te la pasará. Hasta luego. Hasta la noche, según entiendo.

—Eso es. No te canses mucho, querida.

Cecily abandonó la terraza, seguida de Esther, que poco después regresó, tendiendo la llave de la cabaña a Clinton, el cual estaba tan pensativo que simplemente la tomó y se la guardó en un bolsillo.

—¿Desea alguna cosa más, señor?

—No, gracias.

Terminó de desayunar, subió a su dormitorio, se afeitó, y fue en busca de un traje de su hermano, al cual, una vez puesto, pasó las cosas que llevaba en los bolsillos. Se quedó mirando la llave de la cabaña de San Rafael. No tenía la menor intención de ir allá, pero quería que Cecily estuviese convencida de que se dedicaba exclusivamente a la búsqueda de Hal. Cosa que por el momento dejaba en segundo término, pues tenía otras cosas más importantes que hacer. Hal ya era mayorcito y si quería estar alejado de su mujer, allá él. Por otra parte, le ayudaría más si conseguía aclarar lo de Cecily y quedaba demostrado que ella no andaba por ahí sobornando gente que cometía perjurio para salvar a gente culpable de delitos importantes. Como el de aquella chica, Althea Wighman. Homicidio...

¿Qué más casos habría solucionado Cecily, quizá, por aquel procedimiento?

Se guardó la llave, y salió del dormitorio, sombrío.

Poco después, se alejaba de la casa, en el coche alquilado. Hasta las doce menos cuarto se dedicó, para hacer tiempo, a llamar a algunos antiguos amigos, desde diferentes teléfonos públicos. Preguntó por Hal, diciendo que no lo había encontrado en casa y que quizá estuviese con alguno de ellos. Ninguno de los viejos amigos de la universidad había visto a Hal Davenport desde hacía bastantes días, y ninguno demostró estar enterado de que, simplemente, se había largado, dejando a su esposa. Discreción que era muy de agradecer a Cecily, desde luego.

A las doce menos cuarto, puso proa hacia Sunset Boulevard. Dejó el coche en el estacionamiento donde solía hacerlo Rosemary, y salió a la calle, con las manos en los bolsillos, elegante y simpático.

A las doce y cinco apareció Rosemary, que se fue hacia el *snack* donde acostumbraba almorzar. Clinton se fue tras ella, y entró tras asegurarse de que Cecily no estaba allí, lo cual podría ser posible.

Rosemary estaba ya sentada ante la barra, y Clinton fue a sentarse a su lado, en otro taburete. Ella le miró, se sonrojó y sonrió, desviando la mirada.

—¿Crees que aquí tendrán salmón? —preguntó Clinton.

—No.

—¿No lo crees o no tienen?

—No tienen.

—Bueno. De todos modos, esta noche espero cenar salmón.

—Oh, sí. Cuando termine de trabajar lo compraré...

—Quería decir que cenaré en casa de mi hermano. Ya le he pedido salmón al ama de llaves.

—¿No cenarás conmigo?

—Psé... Depende de cómo me lo pidas.

—Clinton, por favor. —Ella le miró con los ojos muy abiertos—, ¡cena conmigo esta noche, amor mío!

—Por mil galernas retorcidas... ¡Cualquiera se resiste a una petición así!

—¿Compro salmón?

—Yo compraré caviar y champaña. —Clinton le dio un cachetito en una mejilla—. ¿Qué debo resignarme a comer ahora?

—Los sándwiches de pollo y lechuga están bastante bien. Y los de salame. Y los de jamón con huevo duro y lechuga.

—Bueno. Pero con cerveza —esperó a que Rosemary hiciera el pedido para los dos, se miró al espejo que había al fondo del mostrador, y se tocó el nudo de la corbata—. ¿Qué te parezco?

—Estás muy guapo y muy elegante, Clinton.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No, amor mío.

—Vaya... Eres una chica muy dulce, pequeñaja. Pero te diré una cosa: a mí del mar no me sacan ni con garfios. ¿Está claro?

—Sí, amor mío.

—Bueno. ¿Has mirado eso?

—Sí. Y tienes razón: siempre, después de terminado un juicio, un día o dos más tarde, he ido a entregar sobres a diferentes personas. He pensado muy cuidadosamente las fechas, y coinciden.

¿Te gusta el de pollo? ¿Prefieres que te pida otra cosa?

—Está bien así —mordió Clinton—. Vamos a ver... Explícame alguno de estos últimos casos en los que Cecily ha salido victoriosa.

—Aparte del último, el de Althea Wighman, tenemos, por ejemplo, el de Lee Forretier, un hombre que estuvo acusado de realizar trata de blancas, actividad que había ocasionado la muerte de una muchacha mexicana... La señora Davenport lo defendió, y consiguió su inculpabilidad. Luego, el de una tal señora Komg, bastante mayor, que fue acusada de distribuir cigarrillos de marihuana a la salida de algunas escuelas...

—No sigas —murmuró Clinton—: el pollo ya es bastante malo sin la salsa de esos puercos asuntos. En definitiva, parece que lo que sospechamos puede ser cierto, ¿no es eso?

—Sí... Parece que sí. Clinton, es horrible... No sólo lo que desprestigiaría eso a la profesión si llegase a saberse, sino... Bueno, todos esos... esa gente que han cometido delitos importantes, y que han salido absueltos...

—Cálmate. Haremos las cosas adecuadamente. ¿Recuerdas bien todo lo que has de hacer?

—Sí.

—Repítelo.

—Después de almorzar, yo vuelvo al despacho. Poco antes de las cinco. ¿Dónde estarás hasta entonces?

—Pensando. Poco antes de las cinco...

—... Me llamarás por teléfono —continuó Rosemary—. Me dirás que me amas muchas veces, y que vendrás a cenar esta noche...

—Buen programa.

—Pero yo entraré a decirle a la señora Davenport que el señor Spencer, el caballero al que ayer por la tarde fui a llevarle el sobre, ha llamado. Como siempre, yo le habré dicho que la señora Davenport no está, que si quiere dejar el recado, y él me habrá dicho que sí; el recado será que para mañana necesita otro sobre igual, pues con el que le entregué ayer no tiene suficiente para su gestión. ¿Está bien así, Clinton?

—Está perfecto.

—¿Qué harás hasta las cinco?

—Mujer, iré a echar un vistazo al sitio donde trabaja ese Mulloy, para asegurarme de que está allí. Por cierto, ¿me has conseguido

esa dirección?

—Sí. —Rosemary sacó un papelito del escote, y se lo tendió—: es una gasolinera.

—Caramba. —Clinton estaba oliendo el papel, y sonrió—. Esto huele casi tan bien como el mar.

—Es perfume francés.

—¿Lo llevarás esta noche?

—¡Oh, sí!

—Entonces, de aquí a las cinco tendré que dedicar parte de mi tiempo a aprender el francés. Rosemary —la miró seriamente—: no te distraigas, no te equivoques.

—Lo haré todo bien, mi amor. ¿Qué pasará si todo esto se confirma?

—No lo sé. Conozco a un viejo juez, amigo de mi padre, que me escucharía con mucha atención. Es un viejo zorro, y supongo que él encontrará el modo de enfocar las cosas de modo que obtengamos algún resultado que beneficie a la ley. Desde luego, las personas que ya han sido juzgadas y declaradas inocentes, no podrán ser molestadas ni sancionadas por ese delito, pero... esperemos que algo bueno salga de esto. Oye: ¿te parece bien que le venda unos números de la rifa a aquella camarera?

—No —refunfuñó Rosemary—: yo te los compro todos.

—No sabía que fueses tan rica. Adiós.

—Oh... ¿Ya te vas?

—Ha sido un almuerzo repugnante. Voy a quitarme el mal gusto de boca...

La besó en los labios brevemente, saltó del taburete, y abandonó el local. Desde luego, se le había pasado el mal gusto de boca.

CAPÍTULO VI

A las cinco menos veinte, Clinton Davenport estaba de vuelta a Sunset Boulevard. Llamó por teléfono a Rosemary, le dijo que la quería, y volvió a su coche.

No tuvo que esperar ni cinco minutos para ver salir a su bella cuñada a toda prisa, directa hacia el *parking* continuo al edificio. Y sólo un minuto más tarde, salía de allí, al volante de su coche.

«Me parece que la broma no te ha sentado nada bien. Vamos a ver qué pasa ahora entre Charles Mulloy y tú».

Se equivocó.

Había previsto que Cecily iría a la gasolinera donde trabajaba Mulloy, el testigo perjuró, simulando que quería poner gasolina a su coche, para hablar con él. En cuyo caso, él les habría estado vigilando desde su coche, y, por supuesto, los habría visto ponerse muy nerviosos a los dos cuando Mulloy negase haber llamado pidiendo más dinero... A partir de ese momento, Cecily comenzaría a cometer errores, comprendiendo que alguna persona estaba al corriente de sus sistemas para convertirse en abogado de gran prestigio. Unos errores que culminarían cuando, después que él hubiese hablado con el juez amigo de su padre, el viejo zorro encontrase el modo de asestar el golpe final a la bella Cecily...

Pero se equivocó.

Cecily no fue a la gasolinera donde trabajaba Mulloy, sino que salió de San Francisco, hacia el sur, por Skyline Boulevard.

Y vaya si fue lejos... Recorrió nada menos que cincuenta millas en poco más de una hora, por la carretera de la costa. Lo cual complació muchísimo a Clinton, que al volante de su coche dirigía frecuentes miradas al mar.

Finalmente, muy poco antes de llegar a Santa Cruz, Cecily salió

de la carretera, descendiendo con el coche casi hasta la playa, al nivel donde se veían unas cuantas villas preciosas. Clinton detuvo el coche arriba, la vio salir, y dirigirse hacia una de aquellas villas a la orilla del mar. Luego, siguió adelante, encontró un buen lugar para dejar el coche de modo que Cecily no lo viese al regresar al suyo, y volvió a pie hacia el grupo de villas de la playa. Buscó un buen observatorio, y se dispuso a esperar.

Quince minutos más tarde aproximadamente, Cecily salió de la villa, acompañada de un hombre que Clinton reconoció en el acto: Mark Wighman, el padre de Althea Wighman, la última cliente de la abogada señora Davenport. Se despidieron, Cecily subió hasta donde había dejado el coche, y, al parecer, emprendió el regreso a San Francisco.

Durante unos segundos. Clinton estuvo vacilando entre regresar con ella o no. Por fin, se decidió a ir hacia la villa. Poco después, llamaba a la puerta, que fue abierta por la mismísima Althea Wighman, que iba en bikini. Se sorprendió mucho al ver a Clinton, pareció a punto de alejarse corriendo, y, finalmente, lo miró entre altanera y maliciosa.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Apuesto a que se ha sorprendido al verme, señorita —sonrió Clinton.

—Así es —ella le miraba con curiosidad y un cierto destello admirativo—. Acaba de marcharse una visita, y creí que había olvidado algo. ¿Qué desea usted?

—Vendo números para una rifa benéfica.

Althea Wighman se quedó estupefacta boquiabierta. Por fin, pudo articular:

—¿Qué dice usted?

—Que vendo números para una rifa benéfica. A diez dólares... Pura miseria, ¿no le parece? Para viudas y huérfanos de marinos desaparecidos en el mar... Es una buena obra. Igual que usted.

Althea parpadeó. De pronto, soltó una carcajada..., y al mismo tiempo, Mark Wighman aparecía en el vestíbulo.

—¿Quién...? —Se acercó—. ¿Qué desea usted?

—Es divertidísimo, papá —volvió a reír la muchacha—. ¡Dice que vende números para una rifa benéfica! A diez dólares.

—Oiga —el ceño de Wighman se frunció—, no tenemos ganas de

tonterías, así que haga el favor de marcharse. Si quisiéramos...

—Oh, no, papá, por favor... ¿No es maravilloso? ¡Un hombre como un castillo vendiendo números de rifa a domicilio...! Pase usted, señor... señor...

—William Bonney... Los amigos me llaman Billy el Niño.

Los Wighman se quedaron mirándolo con los ojos muy abiertos. Luego, el padre comenzó a fruncir el ceño de nuevo pero Althea soltó una carcajada.

—Pase, pase, Billy —insistió.

—Escucha, Althea...

—Oh, por favor, papá... ¿Alguna vez has visto a un hombre tan simpático como Billy?

—Hija: hace poco que hemos salido de...

—No te preocupes. Anda, ve a tomar un trago: yo atenderé a Billy.

Mark Wighman vaciló, pero terminó por meterse en la casa, con gesto hosco, sombrío.

—Parece un hombre muy preocupado —comentó Billy el Niño.

—Ya se le pasará. ¿Le parece que vaya a ponerme algo, o estoy bien así, Billy?

—Bueno. —Clinton examinó muy detenidamente lo que rodeaba el reducidísimo bikini—. Yo más bien diría que le sobra ropa. Estamos en verano, ¿sabe? Bueno, casi en verano.

—Lo dejaremos así, por el momento —entornó los ojos Althea—. ¿Quiere tomar algo?

—Pues la verdad, yo he venido a vender números, pero...

De nuevo rió Althea Wighman. Se tomó cariñosamente del brazo de Clinton, y comenzó a caminar hacia el fondo de la casa. Llegaron al *living*, donde Mark Wighman se estaba sirviendo un *whisky*. Los miró a los dos, frunció una vez más el ceño, y fue a sentarse en un sillón, delante del gran ventanal, por el que se veía el mar.

—Caracoles marinos —dijo Clinton—. ¡Ésta es una casa que vale la pena tener!

—Síntese —invitó Althea... ¿Con hielo, solo, con agua...?

—Con hielo, gracias.

Se sentó en el sofá. Althea sirvió dos *whiskys*, y fue a sentarse junto a él, tendiéndole un vaso.

—Y ahora, hableme de esa rifa.

—Pues nada. —Clinton bebió un trago, y asintió complacido—. Ya ve: haciendo una buena obra. Al principio, vendía a cualquiera esos estupendos números, pero acabé por decirme que no valía la pena, que había que seleccionar bien la clientela.

—Oiga, y eso..., ¿no será un pequeño timito?

—Le aseguro que no, bella y pechugona joven.

Mark Wighman volvió la cabeza, para mirar con disgusto al visitante, pero su hija volvió a reír. Lo estaba pasando sencillamente tremendo.

—Pues si no es un timo —dijo sin poder dejar de reír—, deme unos cuantos números. Por ejemplo, cien.

—Eso significa mil dólares —alzó las cejas Clinton.

—Lo cual demuestra que hoy es su día de suerte. Seguro que no todos los días vende usted cien números.

—Desde luego que no. Es que... ¿sabe?... la venta mínima es de diez mil números.

Esta vez, incluso Althea respingó. Tanto ella como su padre se quedaron mirando fijamente a Billy el Niño.

—¿Pretende tomarnos el pelo? —masculló por fin Mark.

—No señor. Es que yo soy amigo de Charles Mulloy, ¿sabe?

Los Wighman palidecieron, mientras Billy el Niño, sonriente, bebía otro trago de aquél estupendo *whisky*. Padre e hija acabaron por cambiar una mirada. El padre se puso en pie, y fue a plantarse delante del muy plácido y sosegado personaje.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó, con voz ronca.

—Ya se lo he dicho, señor Wighman: cien mil dólares.

—¿Le envía Charles Mulloy?

—Claro.

—Escuche, señor. ¿Cómo ha dicho?

—Billy, papá —deslizó Althea.

—Está bien: Billy. Escuche, Billy, vaya a decirle a su amigo Mulloy que ya se le pagaron cinco mil dólares, y que...

—Miseria. Queremos cien mil... Ni uno menos. Aunque puedo hacerle un descuento: noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve dólares con noventa y cinco centavos... y el bikini de su hija. A entregar ahora mismo. Eso, el bikini. El dinero, mañana.

—Escuche esto: acabamos de tener noticias de que Mulloy había pedido más dinero, pero no cien mil dólares.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

Clinton Davenport sonrió, pero, mientras tanto, le parecía que estaba tragando una bola de espinos. La cosa iba empeorando: Cecily no sólo debía haber cobrado una buena cantidad a los Wighman por sus servicios, sino que los estafaba en el asunto del chantaje que ellos creían obra de Charles Mulloy.

—Es poco —murmuró.

—¡Es lo que ha pedido Mulloy esta misma tarde!

—¿Y ustedes están dispuestos a pagarlos?

—Bien... Tenemos un intermediario que nos ha asegurado que se encargará de arreglar el asunto definitivamente. Mulloy no ha debido decirle nada a usted...

—Es un bocazas, el pobre. Y así están las cosas. ¿Qué me dicen? ¿Hay otros cincuenta mil para mí o no? Piénsenlo bien.

—Está usted.

—Espera, papá —dijo fríamente Althea—. Le vamos a pagar también a Billy. Díganos dónde podemos encontrarle, Billy, y le enviaremos el dinero.

—¿Por conducto de su intermediario?

—Sí.

Clinton Davenport estuvo mirando fijamente los ojos de Althea Wighman. Y de pronto, comprendió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impasible mientras notaba el intenso escalofrío en todo su cuerpo.

—Pregunten a Charlie por mí: él les dirá dónde encontrarme. Y ya que parece que todo está aclarado —se puso en pie—, no creo que tengan interés en seguir conversando conmigo.

—Ninguno.

—Entonces, me voy. ¿Qué hay de los mil dólares en números para la rifa? Porque eso es cierto, de veras.

—Está bien: deme esos cien números —sonrió heladamente Althea.

—Oh, tomo nota, y se los enviaré por correo.

—Dale mil dólares, papá. Quizá nos toque el premio de esa rifa... ¿Y qué rifan, Billy?

—Treinta años de cárcel.

—Me parece que no me gusta el premio.

—Son puntos de vista. Para algunas personas, treinta años de cárcel son una bendición: ya no tienen que preocuparse por nada. Se les alimenta, se les cuida, se les organiza la vida... Según cómo se mire, treinta años tan mimado podrían gustarle a cualquiera. Recuerdo que una vez.

—Tenga sus mil dólares y lárguese —le tendió Mark Wighman los billetes extraídos de su billetera—. No tenemos ganas de más conversación.

—Pues ustedes se lo pierden: en general, soy simpático. En fin, adiós: Billy el Niño se aleja en su veloz corcel. No se olviden del dinero, puerquitos.

Supo contenerse, y salir con desfachatez e indiferencia de la casa. Pero, en cuanto estuvo seguro de que los Wighman no podían verle, echó a correr hacia su coche, al cual llegó jadeando. Lo puso en marcha, y partió a toda la velocidad permitida, hacia San Francisco.

No quería admitir lo que pensaba, pero lo cierto era que lo pensaba. Había ido a ver a los Wighman para convencerse de que era verdad, pues de un modo u otro había proyectado hacerles hablar. Pero, algo que había dicho Althea había cambiado por completo sus planes: había comprendido perfectamente de qué modo definitivo podía asegurarse Cecily del silencio de Charles Mulloy en aquel asunto.

Cuando llegó a la gasolinera donde Charles Mulloy trabajaba, eran casi las ocho de la noche, y tenía los nervios a punto de estallar, por haber tenido que conducir tan despacio por la ciudad hasta llegar allí.

Pero, se había equivocado de nuevo: allí estaba Mulloy, sirviendo combustible a un coche. Clinton paró el motor del suyo, y suspiró profundamente, relajándose. Bueno, era confortante saber que Cecily no era capaz de llegar tan lejos:

«Todo tiene un límite —reflexionó—. Pero desde luego, va a tener que responder por todo esto. Y Mulloy también. Lo que debo hacer ahora es tomar decisiones. Por supuesto, no tengo por qué complicarme la vida hablando con Mulloy... En realidad, ni siquiera con Cecily. Lo único que tengo que hacer, simplemente, es ir a visitar al viejo Carpenter, y ponerle al corriente del asunto...».

Mientras Clinton reflexionaba y tomaba decisiones, otro coche

había llegado a la gasolinera, pasando muy cerca del suyo, estacionado cerca de la cabina de teléfonos. Mulloy se acercó, y comenzó a poner gasolina. En el coche iban dos muchachas, dos muñequitas sensacionales. Una de ellas, la que estaba al volante, se apeó, fue a charlar con Mulloy, y éste, tras escucharla atentamente, sonrió, y asintió con la cabeza.

La muchacha pasó a la parte delantera del coche, alzó el capó, y se quedó mirando el motor. Mulloy terminó de poner gasolina, y fue a reunirse con la muchacha. Tras cambiar unas palabras, ésta entró en el coche, y puso en marcha el motor. Salió de nuevo, y se colocó junto a Mulloy, que lo examinaba con gran atención. Movié la cabeza como desconcertado, miró otra vez a la muchacha, y preguntó algo. Ella encogió los hombros, y señaló el volante.

Charles Mulloy sonrió, entre guasón y amable, y fue a sentarse ante el volante. Desde su coche, Clinton oyó los potentes acelerones al motor: dos muñequitas en apuros.

Y pensando en muñequitas, recordó a Rosemary Riggs..., ¡y la cena con salmón, y él tenía todavía que adquirir champaña y caviar!

Puso en marcha el motor...

CAPÍTULO VII

—Pues a este motor no le pasa nada —decía en aquel mismo instante Charles Mulloy, a pocos metros de Clinton, mirando a la muchacha que tenía al lado—. Todo funciona perfectamente, señorita.

—Lo sé —sonrió la chica que estaba sentada a su lado—: es usted quien va a dejar de funcionar perfectamente si no me obedece.

Mulloy alzó las cejas, sin comprender. Entonces, notó el movimiento de una mano de ella, a la altura del vientre, y bajó la mirada.

Era imposible no ver la pistola con silenciador que la muchacha empuñaba con una firmeza pasmosa. Mulloy palideció, abrió la boca..., y en aquel instante se cerraba la portezuela izquierda de atrás, y la otra muchacha decía:

—Arranque, Mulloy. Vamos a hacer una visita.

—Pero...

—¿Quiere que le meta una bala en la barriga? —preguntó la de la pistola.

Mulloy la miró, con cierta expresión de incredulidad. Pero en seguida comprendió que su incredulidad no estaba justificada: si no obedecía, aquella muñequita le iba a meter una bala en la barriga, eso era todo.

Tragó saliva, se mordió los labios, y apretó el pedal del gas, del formidable coche de cambios automáticos. Todavía un poco aturdido, Mulloy sacó el coche de la estación de servicio, salió a la avenida, y miró con los ojos muy abiertos a la muchacha de la pistola.

—No se distraiga —sonrió ella—. Y conduzca hacia Golden Gate.

—Pe... pero..., ¿adónde vamos?

—Ya se lo he dicho: a hacer una visita.

—¿A quién?

—A mi abuelita: quiere conocer al hombre de mis sueños.

—Ése es usted, Mulloy —rió la de atrás—. Se ha portado muy mal con Dolly, y ahora tendrá que cumplir como los buenos.

—¿Qué... qué quieren decir?

—Hombre, ya sabe... Todos los niños necesitan papá.

—Pe-pe-pero..., pero yo... ¡yo ni siquiera conozco a esta muchacha!

—Qué malo eres, Charlie —sollozó cómicamente Dolly, junto a él—. ¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que ha habido entre nosotros?

—Pe-pe-pe-pero...

—Es tonto —estalló en carcajadas la de atrás—. ¡Es tonto del todo!

—No seas cruel, Priscille —dijo Dolly—: tienes que comprender que el pobre muchacho está asustado.

—Pues no hay para tanto: cualquiera puede ser padre. ¿Verdad que sí, Charlie? Di algo, hombre.

Charles Mulloy ya no quiso decir nada más. En el fondo, estaba convencido de que en todo aquello había una equivocación, pero de todos modos no estaba dispuesto a que se pitorreasen de él un par de jovencitas. Aunque..., ¿una equivocación? ¿Realmente?

Conocían su nombre, sabían quién era él...

—Está pensando —dijo Dolly, sarcástica.

—Seguramente, en el nombre que le pondréis al niño.

Se echaron a reír las dos. Cualquiera que se hubiese fijado en los ocupantes de aquel coche que se acercaba a Golden Gate habría pensado que lo estaban pasando estupendamente, a pesar de que el conductor parecía tener dolor de barriga. ¡Eran dos nenas tan encantadoras...!

Recorrieron Golden Gate, con lo que se encontraron al otro lado de la bahía.

—Charlie: ¿sabes dónde está San Rafael? —preguntó Priscille.

—Claro que lo sabe, mujer —aseguró Dolly—. Pues vamos hacia allá, Charlie. Como pareces un poco atontado, nosotras te iremos guiando. Verás: dentro de poco, encontrarás a la derecha un

caminito precioso, entre muchos pinos. Metes el coche por ese camino, y cuando yo te diga «¡para!», tú frenas. ¿Has comprendido, Charlie?

Charles Mulloy comprendía, pero no contestó. Estaba pensando. Pensando desesperadamente. Como nunca en su vida. ¿Qué podía hacer? Lo más seguro era que también la chica de atrás tuviese una pistola, así que, aunque se le ocurriese algo para quitársela a Dolly, la otra podía meterle una bala en la nuca...

—¡Para!

Charles Mulloy metió el pie en el freno, y el coche pareció bailar sobre los formidables amortiguadores, quedando inmóvil en seguida.

—Es obediente, ¿verdad? —elogió Priscille.

—Apéate, Charlie.

Mulloy salió del coche, al mismo tiempo que lo hacía Priscille, que se quedó apuntándole con la pistola. Dolly también se apeó, y se reunió con ellos, en aquella parte del camino. Hacia el este se veía el resplandor de las luces de San Rafael, que proporcionaban una muy matizada iluminación al lugar.

—Bueno, Charlie, en este tranquilo lugar vamos a sostener una interesante conversación. Ya verás como nadie nos molesta. Veamos: ¿dónde podemos encontrar a Billy el Niño?

Mulloy quedó estupefacto. Allá, delante de él, pistola en mano, tenía a dos chifladas.

¡Por el demonio, vaya si estaban chifladas!

—En el cementerio —masculló.

—Es gracioso el muchacho —opinó Dolly.

—Nos referimos —puntualizó Priscille muy escrupulosamente— al tipo alto, rubio, guapo, simpático, gracioso y bronceado que estuvo a visitar a los Wighman. ¿Comprendes ahora, Charlie?

—No.

—Sí, hombre, Charlie. Tú tienes un amigo alto, rubio, guapo, simpático, gracioso y bronceado que estuvo en Santa Cruz, a pedirles a los Wighman cien mil dólares. Ya ves: tú le pediste a Cecily Davenport sólo cinco mil más, pero tu amigo...

—¡Yo no he pedido nada más a nadie! ¡Y no sé de quién me estáis hablando!

—Charlie, Charlie, Charlie —reconvino Dolly—. ¿No lo

comprendes? Tú nos pareces un buen muchacho, y seguramente no te mataremos. Pero tu amigo alto, guapo, rubio y todo lo demás, es un sujeto más peligroso, más... descarado. Y más ambicioso. Dinos dónde podemos encontrarlo, y podrás volver a bombear gasolina.

—Os lo juro —jadeó Mulloy—: ¡no sé de quién me estáis hablando! ¡No tengo ningún amigo con el que haya hablado de esto! ¡Lo juro por mi alma!

—Oye, chica, tú —dijo Dolly—: ¡si vieras que Charlie casi me está convenciendo...!

—Hay que insistir: ¡yo no quiero perderme una entrevista con ese hombre tan guapo, tan alto, tan rubio y tan bronceado! ¿Comprendes, Charlie?

—Y si no comprendes, te lo diremos de otro modo: vamos a empezar a disparar contra ti. Pero no a matar. Primero te haremos papilla un pie, luego el otro, después te arrancaremos... una cosa que yo me sé; y si me enfado, con una navajita que llevo en la liga hasta te cortaré las orejas. ¿Y bien, Charlie?

—Vamos, hombre, no seas malo: ¿dónde está ese guapísimo muchachote?

—¿Acaso queréis comprarme algún número para la rifa? —Sonó la voz a espaldas de Priscille y Dolly, apenas a dos pasos.

Las dos respingaron fuertemente, y se volvieron a la vez.

Fue una pelea que ni siquiera merece ser descrita, ésa es la verdad: Clinton Davenport adelantó un paso, con la mano derecha asió la muñeca de Dolly, y con la izquierda la de Priscille, alzándolas, de modo que los dos disparos sólo sirvieron para enviar un par de balas hacia el cielo; sin más complicaciones, Clinton subió la rodilla derecha, hundiéndola en el vientre de Dolly, que lanzó un berrido y cayó de rodillas y en seguida de bruces, desvanecida; ya libre aquella mano, Clinton la colocó muy indelicadamente en la mejilla izquierda de Priscille, en un tortazo impresionante; la muchacha salió despedida hacia atrás, al soltarla Clinton, quedándose con la pistola en la mano.

Eso fue todo.

—Vaya, Charlie, ahora que hemos puesto a dormir a estos angelitos... ¡Por mil tifones!

¡Charlie!

Pues no señor: Charlie no estaba.

Clinton echó a correr por el camino, hacia la carretera, y, en efecto, en seguida distinguió a Mulloy, corriendo como un loco. Pero era un loco que tenía las piernas mucho más cortas que Clinton Davenport, y, desde luego, mucho menos veloces. Lo alcanzó en pocos segundos, lo asió por el cuello de la chaquetilla con el nombre de la gasolinera, y pese a que los pies de Mulloy querían seguir hacia la carretera, le hizo volverse.

—Cálmese, Mulloy —masculló—. Vamos a...

¡Pom!, resonó el puñetazo de Mulloy en el durísimo estómago de Clinton, que no se inmutó.

¡Crack!, chascó el puño de Clinton en la barbilla de Mulloy, que perdió el conocimiento instantáneamente.

—Si serás bobo, tío barbas —refunfuñó Clinton.

Se lo cargó en un hombro, y regresó a donde dormían los dos angelitos. Lo dejó caer junto al coche, recogió las pistolas, y alzó las faldas de Dolly, deslizandolas por las piernas. Se quedó sorprendidísimo: allí no había ninguna navaja en la liga..., por la sencilla razón de que la muchacha ni siquiera llevaba medias.

—Claro: ya hace calor. Debió ser una broma. Son simpáticas.

Pero, por si acaso, repitió la operación con la otra. Tampoco allí había navaja alguna.

No más armas. Se acercó a Mulloy, le quitó el cinturón, y lo utilizó para atarle las manos a la espalda. Luego, se quedó mirando desconcertado a las dormidas muchachas.

—Y a vosotras..., ¿con qué os ato, angelitos?

Encontró la solución. Con gran pulcritud, sin propasarse lo más mínimo, introdujo dos dedos en el escote de Dolly, asió los sujetadores, y dio un tirón. Repetida la operación con Priscille, utilizó dichas prendas para atar también a la espalda las manitas de las dos preciosidades. Luego, las tiró al asiento de atrás del coche, hizo lo mismo con Charles Mulloy, y se colocó ante el volante.

—Vamos allá.

Segundos después, pasaba cerca del coche alquilado, que había dejado a un lado de la carretera, para deslizarse a pie y con muy productivo sigilo hasta donde se había detenido el coche de las nenas.

—Hasta luego —saludó al coche, tocándose la frente con los dedos.

Tardó menos de diez minutos en llegar a la cabaña. Había estado allí solo dos veces desde que Hal se casara con Cecily, pero tenía muy buenos recuerdos de aquellos días.

¿Por qué negar que Cecily había sido siempre una cuñada deliciosa? Hal y él se habían dedicado a pescar, y la segunda vez casi convenció a su hermano para que se comprase aunque sólo fuese un pequeño snipe. De este modo, la próxima vez que él los visitase en la cabaña, le enseñaría a navegar, y lo pasarían maravillosamente...

Detuvo el coche delante de la cabaña, se apeó, y fue hacia la puerta, buscando la llave en el bolsillo. Después de todo, le había sido útil aquella conversación matinal con Cecily. Abrió la puerta, encendió la luz, y regresó al coche. Alrededor, todo eran pinos, que se extendían casi hasta la orilla del mar. Se detuvo en seco, y escuchó, con la esperanza de que el rumor de las olas llegase hasta allí. Esperanza vana: el mar debía estar muy calmado.

Mulloy seguía sin sentido, pero, apenas abrir la puerta y oír la jadeante respiración de las muchachas, comprendió.

—Bueno, mala suerte, chicas: he llegado antes de que pudierais desalaros una a la otra. Hala, sin tonterías: salid. Y si creéis que podéis correr más que yo, olvidadlo.

Priscille y Dolly salieron del coche, sombrías. Clinton asió de un pie a Mulloy, tiró de él hasta sacarlo del coche, y luego se lo cargó en un hombro.

—Vais a conocer un nidito de amor —señaló la cabaña.

Entraron, cerró la puerta, y señaló hacia el saloncito. Las dos muchachas fueron hacia allí. Clinton encendió también aquella luz, tiró a Mulloy sobre el sofá, y miró alrededor, con gesto satisfecho.

—¿Qué os parece? ¿No es un lugar precioso? Encendería la chimenea, pero no vale la pena. Sentaros junto a Charlie, simpáticas. Eso es... Yo me sentaré aquí, en este sillón... Magnífico. Os invitaría a fumar, pero no me da la gana —encendió un cigarrillo, y de pronto las miró duramente—. ¿Queríais matar a Mulloy? ¿Y a mí también?

Las dos muchachas apretaron los labios. Clinton hizo lo mismo, aunque casi sonriendo. Luego, se dedicó a pensar, con la mirada fija en el teléfono... Cuando llegó a una decisión, Mulloy había recobrado ya el conocimiento, y se mantenía en una actitud

silenciosa, hosca.

Prescindiendo de los tres, Clinton descolgó el auricular, y marcó un número.

—¿...?

—Hola, tía Lola —saludó afablemente—. ¿Está mi cuñadita?

—...

—¿No? Bueno, ¿dónde está, adónde puedo llamarla?

—...

—Vaya... Sí que es mala suerte. Bien, en cuanto ella llegue a casa, o la llame por algo, díglele que estoy en la cabaña, y que me gustaría verla aquí. ¿Qué?

—¿...?

—Sí, claro: en la cabaña de San Rafael, naturalmente. ¿Ha comprado el salmón?

—...

—Estupendo. Cualquier día iré por ahí para comérmelo. Colgó, reflexionó unos segundos, y marcó otro número.

—¿...?

—Te he reservado unos cuantos números más. De la rifa.

—¡...!

Clinton miró su reloj.

—Pues es verdad: son más de las nueve. ¿Y qué?

—¡...!

—Oh, la cena. Bueno, cenaremos mañana, pequeñuela. ¿Has oído alguna vez hablar del viejo Carpenter?

—¿...?

—Exacto: el juez. Es el amigo de la familia de quien te hablé. Llámalo por teléfono, te reúnes con él y os venís a la cabaña de San Rafael... ¿Sabes dónde está?

—...

—Ah, estupendo, estupendo. Dile que soy yo quien le necesita. Otra cosa: naturalmente, conoces el modo de comunicarte con Hamerwell & Yannis a cualquiera hora, ¿no?

—...

—Hijita, eres maravillosa. Bueno, pues llamas a ese par de ancianas, les dices dónde está la cabaña, y les pides que, por favor, vengán aquí inmediatamente. ¿Captas?

—...

—Vale.

—¿...?

—Claro que estoy en la cabaña.

—¿...?

—Pues estoy con dos bombones tremendos y el tío de las barbas, pero sin barbas.

—¿...?

—Pues no sé. Un momento. —Clinton miró a las sombrías muchachas—. ¿Cómo os llamáis?

—Priscille y Dolly —dijo rápidamente ésta.

—Priscille y Dolly. Son encantadoras. Y me han ahorrado muchas molestias, porque ya venían hacia San Rafael, con Mulloy. Y ahora que pienso. —Clinton colgó, por las buenas, y se quedó mirando con el ceño fruncido a las muchachas—: ¿por qué veníais precisamente hacia San Rafael?

—Lo mismo daba un sitio que otro —murmuró Priscille.

—Mentira —masculló Mulloy—: ellas querían venir hacia San Rafael.

—Gracias, Charlie —susurró Clinton—. Lo siento por usted, pero voy a descubrir toda la porquería. De todos modos, lo que sea que le ocurra, siempre será menos malo que lo que le iban a hacer este par de angelitos. ¿O quizá no querían matarle?

—Estoy seguro de que sí.

—Pues entonces, debe estarme agradecido. Y puede demostrármelo de una manera: diciéndole toda la verdad al juez Carpenter cuando llegue. ¿Trato hecho?

Mulloy estuvo unos segundos contemplándolo especulativamente. Y no debía ser tonto del todo, porque de pronto, preguntó:

—¿Usted es Billy el Niño?

—En efecto —rió Clinton; y de pronto, su rostro se ensombreció—. ¿Quién le ha hablado de mí?

—Ellas —señaló Mulloy con la barbilla.

—¿Priscille y Dolly? ¿De veras?

—Querían saber dónde estaba usted.

Clinton las miró. Luego, acercó su sillón, para sentarse delante mismo de las dos chicas.

—Se me están acabando las bromas —murmuró—. ¿Os envió Cecily a por Mulloy, para preguntarle, dónde podíais encontrarme a mí..., y finalmente matarnos a los dos?

Priscille y Dolly apretaron los labios.

—No puedo creerlo —casi gimió Clinton—. Pero no ha podido ser de otro modo: los Wighman telefonearon a Cecily hasta que la encontraron en casa, y le dijeron que un tipo así y así había estado en su villa de Santa Cruz; un amigo de Mulloy. Y ella os dio instrucciones... ¿Es así o no es así?

De nuevo apretaron los labios las dos lindas asesinas..., pero a Priscille el apretón le duró bien poco, porque Clinton le relajó las facciones de un bofetón escalofriante, que pareció a punto de hacerla saltar por encima del respaldo del sofá.

—¿Es así o no es así?

Esta vez, el bofetón se lo llevó Dolly, cuyos ojos, como los de su compañera, se llenaron de lágrimas.

—Está bien —susurró Clinton—. ¿Con quién pensáis que estáis tratando? ¿Con un pobre hombre como Mulloy? Porque eso es lo que él es, en definitiva. Pero yo no, muñecas. No soy un pobre hombre... Seguramente, seré desdichado cuando me deis vuestra respuesta, pero no quiero... esconder la cabeza bajo tierra, como los avestruces. Quiero saber la verdad, caiga quien caiga y pase lo que pase. ¿Las cosas han sido como yo he dicho?

—Sí... ¡Sí!

—Entonces, realmente.... ¿Cecily ni siquiera vacila en matar a quien le molesta?

Clinton estaba lívido, incrédulo, horrorizado.

—Sí.

—¿Y vosotras... cumplís sus encargos?

—Sí.

Clinton Davenport se pasó las manos por el rostro, y luego por los cabellos, con gesto desesperado. ¿Era posible? Cecily Shilcott, la dulce compañera de universidad, se casa con su hermano Hal... Su único hermano, el grandote, el querido, el admirado Hal. Todo va bien. Se aman, son felices, se compran una cabaña, para alejarse del resto de la gente, para vivir a solas completamente su amor... Y luego, Cecily deja de ser la dulce muchachita.

¿Por qué?

Muy bien: ¿podía ser ambición? Entra en la firma Hamerwell & Yannis, pero sabe ya que no tiene verdadero talento, jamás destacará. Y entonces, idea su sistema de promocionarse: en juicios importantes, soborna personas que hacen declaraciones que salvan de importantes condenas a gentes que merecen ser encarceladas por diez, veinte, treinta años, toda la vida... Y de este modo, consigue dos objetivos.

Uno: mucho dinero, pues, evidentemente, las personas como los Wighman no van a regatearle unos miles de dólares a quien puede sacarlos infaliblemente de tan grave apuro.

Dos: el prestigio necesario para engañar a dos pobres ancianas, que, finalmente, quitarán el cartelito de la puerta de su bufete, y pondrán otro: Hamerwell, Yannis & Davenport...

No.

Seguramente, Cecily haría colocar su nombre de soltera, de modo que quedaría así:

Hamerwell & Yannis

& Shilcott. Y claro, cuando las ancianas propietarias de la firma falleciesen, quedaría sola. Sola con su prestigio ganado de modo tan horrible, con su dinero, sus clientes que sabrían que la abogado Shilcott podía resolverles cualquier apuro...

¿Podría ser cierto esto? ¿Podría creer semejante cosa de la dulce muchachita que había sido Cecily Shilcott?

¿Y Hal? Pobre Hal, enamorado siempre de su Cissy, siempre, siempre, siempre... Como ciudadano honrado, y todavía más como abogado, tenía un deber que cumplir: denunciar aquellos manejos. Pero... ¿podría hacer eso Hal Davenport, amando tanto a Cecily? Al parecer, no había podido, y había optado por desaparecer, alejarse, llevar en solitario una vida amarga que...

En aquel mismo instante, mientras pensaba esto, con la mirada perdida en la pared por encima de la chimenea, Clinton Davenport lo vio.

El banderín.

El banderín de la universidad. El banderín de Hal. Estaba allí, clavado a la pared, un par de palmos por encima de la repisa de piedra de la chimenea. Encima de esta repisa había otras cosas, pero

Clinton, de pronto, sólo veía el banderín... En realidad, hacía más de un minuto que lo estaba mirando, pero no lo veía.

Y ahora, de pronto, lo veía, se daba cuenta de que lo estaba viendo.

Como un autómatas, se puso en pie, y se acercó a la chimenea. Se quedó delante del banderín, blanco como si jamás hubiese tenido sangre en sus venas.

—Hal —tembló su voz—. No te has marchado... Tienes que estar cerca de aquí, muy cerca...

De pronto, pareció recibir una descarga eléctrica. Luego, permaneció inmóvil tanto tiempo, que parecía haberse convertido en piedra. Y por fin, muy lentamente, se volvió. Su rostro parecía el de un cadáver.

Se acercó a Priscille y Dolly, y preguntó, con voz ronca:

—¿Dónde lo habéis enterrado? ¿Dónde habéis ocultado el cadáver de mi hermano?

—No, no —movió la cabeza Dolly—. No...

—¿Dónde?

—No, no...

Clinton alargó un brazo. Su mano asió la ropa de Dolly, y tiró de ella, desgarrándola, pero no antes de que la muchacha fuese puesta en pie rudamente.

—¿Dónde? ¿DÓNDE?

—Nosotras no lo matamos...

—¿Quién lo mató?

—Fue ella... ¡Fue ella, la señora Davenport!

—Por Dios...

—¡Fue ella, se lo juro! —Apoyó Priscille las palabras de Dolly—. ¡Ella le mató!

Clinton empujó a Dolly, y pareció que el esfuerzo lo derribase también a él. Cayó sentado en el sillón, y quedó inmóvil, como alucinado. Las muchachas no se atrevían a moverse, y Mulloy contemplaba al gigante rubio y bronceado, que parecía como muerto también... Durante un par de minutos, pareció que nadie pudiese volver a moverse jamás. De pronto Clinton se puso en pie.

Señaló a Priscille y Dolly.

—¿Quién lo enterró?

—Entre... entre las tres... Nosotras vinimos para... para

ayudarla...

—Está por aquí, ¿verdad? Tiene que estar muy cerca. Seguramente, en el mismo terreno de la cabaña. De este modo, nadie podría encontrar nunca el cadáver. ¿Es así?

—Sí... Sí.

—Venid conmigo. —Clinton estaba ahora asombrosamente sereno—. Iremos a buscar unas palas o algo que pueda servirnos al cobertizo de la leña.

—¿Lo vamos a... a desenterrar?

—Sí. Mulloy. —Clinton se volvió hacia él—, si quiere, puede escapar, pero no se lo aconsejo.

—Escuche —tartamudeó Charles Mulloy—, yo no tuve nada que ver en esto... ¡Nada!

—Lo sé. Usted es perro de otro festín de huesos. Haga lo que quiera, pero le aconsejo que se quede aquí. Acepte su castigo legal, y será lo menos malo para usted. Es un buen consejo, créame. Vosotras, venid conmigo.

Salieron de la cabaña, y pasaron al lateral, donde estaba el cobertizo para herramientas y leña. Aquella puerta se abría con la misma llave que la casa, y Clinton la abrió. Encendió la luz, desató las manos a Priscille y Dolly, y señaló hacia dentro.

—Pasad y buscad algo para cavar.

Entraron las dos, y él lo hizo detrás. Dolly asió un pico de mango corto, y Priscille una pala.

—¿Podréis hacerlo con eso?

—Sí...

—Está bien, vamos allá, adonde sea... ¿Qué os pasa?

—Es que... es que está aquí, en., enterrado dentro de... de la leñera, bajo la leña... Clinton Davenport cerró los ojos un instante.

—Empezad —musitó.

CAPÍTULO VIII

Cecily Davenport vio la luz de la cabaña bastante antes de llegar a ella. Sabía que aquella luz correspondía a su cabaña, porque había ido muchas, muchas veces.

Cuando llegó, miró sonriente el coche de las muchachas asesinas. Paró el motor del suyo, y se apeó con rapidez, con gesto vivo, impaciente. Subió al porche, probó la puerta, y frunció el ceño. Llamó con el puño.

—¡Dolly! ¡Priscille!

La puerta se abrió. Cecily entró, y se volvió, sonriente y un tanto nerviosa hacia la persona que había abierto, y que había quedado tras la puerta.

—¿Por qué habéis...? ¡Clinton! —aulló.

—Hola, Cissy —murmuró Clinton, cerrando la puerta—. ¿Por qué te sorprendes tanto? ¿No esperabas encontrarme aquí?

—Pues... Bueno, yo...

—¿No te dio Esther mi recado de que te esperaba aquí?

—No... Es decir...

—No —movió la cabeza Clinton—. No te dio el recado. ¿Sabes por qué, Cissy? Porque tú ya venías hacia aquí, y ella no podía de ninguna manera comunicarse contigo. Pero no importa, porque tú ya venías... ¿Verdad, Cissy?

—Bueno, sí... Pensé...

—¿Qué pensaste?

—Oh, no sé... Pensé que quizá... que quizá Hal podría estar aquí...

—¿Y no fuiste a casa, a pesar de que tú y yo habíamos quedado en cenar juntos?

—Oh, lo... lo olvidé...

—No, Cissy. Es que sabías quién era Billy el Niño, ¿verdad? Lo supiste en cuanto los Wighman te llamaron y te dijeron la clase de tipo que había estado allí vendiendo números para una rifa benéfica. Entonces ordenaste a Priscille y Dolly que fuesen, por fin, a buscar a Mulloy, y les ordenaste que preguntasen por mí, es decir, por Billy el Niño. Una broma muy propia de mí, siempre tan simpático, de buen humor. Sabías que era yo, pero habías comprendido que lo sabía todo y no te atrevías a esperarme en casa. En cambio, tenías la esperanza de que, si yo había descubierto a Mulloy, y había llegado a un acuerdo con él, él sabría dónde encontrarme rápidamente, con el fin de que Dolly y Priscille fuesen a por mí y nos matasen a los dos. ¿No es así, Cecily?

—No, no... ¡Oh, por Dios, qué cosas tan horribles estás diciendo, Clint! Me... me aturdes, no puedo... ni siquiera comprender tus palabras...

—Vamos al *living*. Te conviene tomar algo fuerte.

La empujó por un hombro, suavemente. Cecily fue hacia allá, y apenas poner un pie dentro de la pieza, vio a Dolly y a Priscille, en el sofá. Junto a ellas, estaba Charles Mulloy, demudado el rostro.

—Sírrete algo tú misma, si lo necesitas —sonó reposadamente la voz de Clinton tras ella—. Creo que conoces bien esta cabaña, ¿no es así, querida?

Cecily estaba mirando a Priscille y Dolly, que ahora estaban atadas de pies y manos con unos cordeles. Mulloy tenía las manos a la espalda y comprendió que también debía estar atado. Por fin, desencajadas las facciones, Cecily se volvió hacia Clinton.

—¿Qué... qué significa todo esto?

—¿No las conoces? —Alzó las cejas él—. Vamos, querida, ¡pero si las estabas llamando por su nombre, y no te ha sorprendido en absoluto ver el coche afuera, ni luz en la cabaña...! En cuanto al señor Mulloy..., vaya, no irás a decir que no conoces al testigo que te ha deparado tu último triunfo.

—Te aseguro... que no entiendo... nada de nada.

—¿No? Bueno, ven conmigo. Te enseñaré algo que te lo hará comprender todo —la asió del brazo—. Ven, Cissy.

Fue hacia el fondo del *living*, donde había una puerta que comunicaba con el pasillo que distribuía los dormitorios. Abrió la puerta de uno de éstos y la empujó dentro. Encendió la luz, cerró la

puerta y empujó a Cecily hacia la cama.

—Acércate a la cama. ¿No ves nada, Cissy? ¿No ves nada en la cama?

Cecily Shilcott comenzó a retroceder, temblando violentamente. Se oía el chocar de sus dientes. Se volvió intentando escapar corriendo, pero chocó contra el pecho de Clinton, que la sujetó de un brazo y tiró de ella hacia la cama.

—¿No quieres verlo? ¿Por qué? Es tu marido, el hombre que tanto amas..., que tanto amaste. Míralo, Cissy. Ahí tienes... lo que queda de Hal Davenport. Dale un beso de despedida, porque está muerto.

—Clin... Clinton, po... por Dios, no... no me obligues a... a...

—No te obligo a nada. Creí que querías despedirte de él, eso es todo.

—Quiero... qui-quiero... salir de aquí...

—No tenemos prisa. Todo va a resolverse aquí esta noche, en poco tiempo. Vendrán las viejas de tu firma de abogados, y vendrá también el juez Carpenter. ¿Recuerdas al viejo juez Carpenter? El viejo simpático amigo de mi padre. ¿Lo recuerdas?

—Sí... S-s-s-síiii...

—Pues va a venir. Sí, nos vamos a reunir todos aquí. Menos las víctimas de tus clientes, y tus clientes, que, según la ley, ya no pueden volver a ser juzgados por el mismo delito. No sé si esa ley es adecuada, la verdad... ¿Tú qué opinas?

—Clint... Déjame salir de aquí...

—Pronto, querida. Esperemos a Hamerwell, a Yannis, al viejo juez. Entre todos, encontraremos una solución a todo. Menos a la muerte de Hal, desde luego. Yo... preferiría no haberlo visto. Hubiese preferido... creer que él se había marchado... a la China. O hubiese preferido recordarlo... en otro estado. Cissy, míralo.

—No... ¡No!

—Míralo.

—¡No!

Clinton la asió por la nuca con una mano y la empujó hacia la cama. Cuando ella intentó desasirse, apretó con más fuerza y con la otra mano la sujetó por un hombro, acercándola. La obligó a inclinarse sobre el cadáver de Hal Davenport.

—Míralo.

—No, no, no... ¡Noooooooo...!

Cecily Shilcott apretaba los párpados, pero la mano de Clinton apretó más su cuello.

Los largos dedos pasaron hacia la garganta, apretando de tal modo que Cecily tuvo que abrir los ojos, que parecieron a punto de desorbitarse. Y así, con los ojos sobresaliendo de las órbitas, la abogada vio el cadáver de Hal Davenport. Quiso gritar, pero no podía hacerlo. Y cuando estaba al borde del desmayo, Clinton la apartó de un tirón y la soltó.

—Salgamos —dijo—. ¿Sabes qué haremos, Cissy? Iremos al mar. Sí, eso es. Una lancha del servicio de Pompas Fúnebres nos llevará mar adentro, y allá, echaremos a Hal, a las profundidades. Él y yo nunca hablamos de la muerte, pero... estoy seguro de que comprenderá mi cariño al sepultarlo en el mar. ¿No te parece?

Cecily quería hablar, pero no podía. Estaba agarrotada de miedo. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza, varias veces, casi con frenesí.

—Me alegra que estés de acuerdo. Yo creo que estará mejor en el mar que en una leñera más o menos húmeda, bajo unos montones de leña... ¿Verdad?

—S-s-s-íiii...

—Bueno, pues está decidido. Vamos a reunimos con los demás, para esperar al resto de... conferenciantes. ¿Se te ocurre alguna solución a todo esto, Cissy?

—N-n-no...,
pe-ro...

po... podemos

p... p... p...

pensar en... en alguna...

—Buena idea. Habrá un juez, un empleado de gasolinera, un par de asesinas, dos abogados ya muy veteranas, tú, que estás en pleno ejercicio, y yo, como representante del mar. Algo sacaremos en claro, supongo. Cissy, ¿cómo pudiste matar a Hal?

—¡Yo no lo maté! —Respingó Cecily.

—Tus asesinas dicen que sí, que fuiste tú.

—No... ¡No es cierto! Fueron ellas, Clint... ¡Ellas!

—Estás confundiéndome —movió la cabeza Clinton—. ¿A quién tengo que creer?

—Fueron ellas.

—¿Por propia iniciativa?

—No... No, no... Yo... Bueno, yo... cité aquí a Hal para... para hablar de todo esto...

—Sí, ya sé que él lo había descubierto. Me escribió una carta al respecto. Pero yo pensaba que se había marchado, para no denunciarte... Y resulta que no se marchó. Tú lo citaste aquí..., y al mismo tiempo, citaste a tus dos asesinas, y ellas le mataron. ¿Fue así?

—Sí... Sí,
a-así...
fue...

—Y tú dijiste: Vamos a enterrarlo en la leñera, porque así nadie lo encontrará nunca.

—Clinton... Por Dios, Clinton...

—¿Por quién?

Cecily se mordió los labios, y bajó la cabeza. Clinton suspiró profundamente, la tomó de un brazo y la sacó del dormitorio. La llevó al *living*, la hizo sentar en un sillón, y él ocupó otro.

Sólo tenían que esperar.

CAPÍTULO IX

Apenas diez minutos más tarde, oyeron la llegada de otro coche, cuyas luces dieron por un instante en una de las ventanas. El silencio era tal que incluso oyeron perfectamente el frenado del vehículo, muy cerca de la cabaña.

Clinton se puso en pie, y fue a mirar por la ventana en la que habían dado las luces.

Vio el coche, y las dos mujeres que se apearon. Cuando se volvió para dirigirse a la salida del *living*, su gesto expresaba una gran sorpresa, pero no hizo el menor comentario. Salió, llegó a la puerta de la cabaña, y la abrió, en el mismo instante en que sonaba la llamada.

Se quedó mirando a las dos mujeres. Ninguna llegaba a los cuarenta. Ambas eran altas, elegantes, todavía considerablemente atractivas. Vestían con mucha seriedad, y sus rostros bien maquillados, impecables, serenos, mostraron a la vez una sonrisa amable y cortés.

—¿Señor Davenport? —preguntó una de ellas.

Clinton parpadeó, como en un esfuerzo para salir de su asombro.

—Sí... Perdonen. ¿Estoy hablando con
Hamerwell & Yannis?

—Yo soy Agatha Hamerwell. Ella es mi amiga y socia, Leticia Yannis. Efectivamente, formamos la
Hamerwell & Yannis.

—Bien... Encantado. ¿Quieren pasar, por favor?

Las dos damas entraron, serias, dignas, con gran empaque, pero sin afectación. Clinton cerró la puerta.

—Parece usted... desconcertado, señor Davenport.

—Bueno... A decir verdad, esperaba a dos personas muy

diferentes, señora Hamerwell.

—¿Sí? ¿Qué personas?

—Pues... En fin, es evidente que mis impresiones sobre las propietarias de Hamerwell & Yannis eran equivocadas.

—La señorita Riggs —intervino Leticia Yannis— nos dijo que debíamos venir aquí para resolver un asunto muy importante relacionado con la firma. Agradeceríamos una explicación.

—Sí, por supuesto. La señorita Riggs no ha llegado todavía, pero yo mismo les facilitaré esa explicación. Por favor, pasen.

Las dos atractivas mujeres se dirigieron hacia el *living*. Al entrar, ambas vieron a Cecily, y alzaron las cejas a la vez.

—Ah, Cecily —se sorprendió la Hamerwell—, ¿también usted está aquí? ¿Qué ocurre?

—Todo esto es muy extraño —opinó, con gran lógica, Leticia Yannis, mirando a Mulloy y a las dos asesinas—. ¿Quiénes son estas personas?

—Las chicas son unas asesinas —dijo Clinton—. El hombre se llama Charles Mulloy. Es un perjurio.

—¿Un... perjurio, señor Davenport?

—Sí.

—Espero que usted sepa lo que está diciendo, señor Davenport —lo miró severamente la Hamerwell.

—Lo sé muy bien, señora. Soy abogado.

—Ah... Espere un momento... ¿Ha dicho usted Charles Mulloy? Bueno, quizá me equivoque, pero ese nombre...

—No se equivoca usted —cortó Clinton—. Es el testigo falso que ha salvado de muchos años de cárcel a Althea Wighman.

Las dos mujeres cambiaron una mirada. Luego, ambas se quedaron mirando con hostilidad a Clinton.

—Estamos seguras —susurró la Yannis— de que usted podrá... explicar satisfactoriamente eso. Porque si no es así, si sus palabras no están respaldadas por pruebas concretas, señor Davenport, usted va a saber muy pronto cómo las gastamos en Hamerwell&Yannis.

—Creo que eso lo sé mejor que ustedes. ¿Quieren tomar algo?

—No hemos venido aquí a perder el tiempo.

—Yo tampoco, señora Yannis. Como primera prueba de ello, le

diré que el cadáver de mi hermano está en uno de los dormitorios... Un cadáver que llevaba enterrado clandestinamente veinte días.

A la vez, Hamerwell y Yannis se mordieron los labios. Volvieron a mirar a Cecily.

—¿Usted no tiene nada que decir, Cecily?

Ella movió la cabeza. Las dos damas se sentaron y quedaron pendientes de Clinton, Su impaciencia por saber era evidente.

—Dentro de poco —empezó Clinton— espero que lleguen la señorita Riggs y el juez Carpenter... ¿Conocen al juez Carpenter?

—Es una pregunta... casi estúpida, señor Davenport.

—Tiene razón, señora Hamerwell. De acuerdo, lo conocen. En cuanto él llegue, espero que podamos encauzar las cosas de modo que consigamos una solución a todo esto. Lamentablemente para ustedes, la

Hamerwell & Yannis,

dirigida en los últimos tiempos por Cecily, ha tomado unos derroteros... increíbles. Veamos. Supongamos que una persona ha cometido un homicidio y que viene a pedirles a su firma que la defienda. En principio, por difícil que parezca el asunto.

Clinton Davenport continuó hablando, explicando. Hamerwell y Yannis le escuchaban en silencio. De cuando en cuando, procurando no demostrar su asombro, repulsa u horror, miraban a Cecily, que permanecía inmóvil, con la mirada fija en el suelo. En cambio, Dolly y Priscille miraban con cierta guasa a Clinton, que comenzaba a sentirse inquieto por la tardanza de Rosemary y el juez Carpenter.

—... En definitiva, el asunto no puede estar más claro. No importa cuán culpable sea el acusado, Cecily consigue su absolución. Pero, por el procedimiento que ya les he explicado a ustedes. Esto es, buscando personas que, previo el pago de una cantidad, se prestan a servir de testigos falsos. Tal es el caso del señor Mulloy concretamente en el caso Wighman.

La señora Yannis abrió su bolsito, sacó un pañuelito primoroso, y se lo pasó delicadamente por el labio superior.

Luego miró a Mulloy.

—¿Es cierto eso, señor Mulloy? —preguntó.

—Lo es —masculló Mulloy.

—Verdaderamente terrible —opinó la Hamerwell—. Señor Davenport. Nos ha puesto usted en un dilema terrible.

—Lo lamento. Pero me pareció que una cuestión tan importante quizá debería ser tratada privadamente entre nosotros, antes de darla a conocer públicamente.

—Por supuesto. ¡Y no sabe usted cuánto se lo agradecemos! En primer lugar, por supuesto, lo que conviene es matar al señor Mulloy. Lo digo porque su testimonio, esta vez verídico, podría perjudicarnos mucho. Leticia, querida, ¿quieres hacerlo tú, que tienes abierto el bolso?

—Oh, sí, Agatha, querida. Con mucho gusto.

Clinton ya estaba asombrado y desconcertado. Pero en un instante, lo comprendió todo, cuando LeticiaYannis sacó de su bolso la pistola con silenciador, apuntó a Charles Mulloy brevemente, y apretó el gatillo.

«Plop», se oyó el suave chasquido.

Charles Mulloy abrió mucho los ojos al recibir el balazo en pleno corazón.

Luego, se estiró, sus ojos se desorbitaron aún mucho más, su boca se crispó, todo su cuerpo se estremeció, y, finalmente, de pronto, se relajó, quedando sentado en el sofá. Pareció que eso fuese todo, hasta que se ladeó, cayendo de lado sobre Priscille, que no le hizo el menor caso.

—¡Tiene nuestras pistolas! —gritó.

Agatha Hamerwell también había sacado rápidamente una pistola de su bolso, apuntando a Clinton, que una vez más en aquel día había quedado lívido. Era verdad, tenía las pistolas de Priscille y Dolly en los bolsillos, pero se sentía incapaz de moverse, de reaccionar en ningún sentido.

Miró a Cecily, y vio en sus ojos la expresión de triunfo, de sarcasmo, y... Sí, allá en el fondo de los bellos ojos de su cuñada, vio la expresión de maldad, de dureza...

—¿No dice usted nada, señor Davenport? —preguntó la Yannis. Clinton movió negativamente la cabeza.

—No —susurró—. Creo que la cosa está bien clara ahora... Más que nunca. Y debí comprender esa verdad desde el primer momento.

—¿Cuál verdad?

—Son ustedes, la
Hamerwell & Yannis,

quienes desde el principio, desde hace años, están dirigiendo este negocio de los perjurios.

—En efecto. La vida es dura para las mujeres, señor Davenport. Se habla de la igualdad de derechos, y de todas esas tonterías... En buena parte, son ciertas. Se nos conceden oportunidades. Pero ¿sabe usted qué pasa? Siempre, cuando llega el momento de afrontar algo realmente importante, aparece el hombre. Fuera de Estados Unidos, se dice que este país es un matriarcado, que quien realmente manda y gobierna es la mujer, pero... ¡Ah, señor Davenport, usted no sabe lo difícil que es para una mujer triunfar como se merece! Por fortuna, en ese aspecto, estamos mucho más evolucionados que la mayoría de los países, pero siempre, siempre, en definitiva, lo mejor es para el hombre...

—¿Qué tiene eso de malo?

—No sé. Pero algunas mujeres también queremos dinero y éxitos. Mi querida Agatha y yo, durante los primeros años de nuestra asociación, luchamos muy duramente. Pero no había nada que hacer. En cuanto aparecía algún caso importante en el... mercado, era para nuestros colegas masculinos. Un día, tuvimos un caso de homicidio. Era clarísimo. Agatha y yo, además, sabíamos que el acusado era culpable. Pero... nos pusimos a pensar. ¿Qué pasaría si el acusado pudiera salir inocente de la acusación, del juicio? En primer lugar, tendríamos su agradecimiento y su apoyo en lo sucesivo. Luego, nuestro bufete comenzaría a adquirir una fama muy considerable. Pero ya le digo, el acusado era culpable, sin la menor duda. A menos...

—A menos que se jugase sucio.

—Sí. Usted no sabe cuántas personas son capaces de cualquier cosa por unos cientos o miles de dólares. Estuvimos pensando en ello, y finalmente, buscamos un testigo. Dio resultado. El acusado salió libre. Luego...

—No se moleste más —murmuró Clinton—. Ya lo he entendido todo muy bien.

—¿Todo? ¿Está seguro?

—Sí.

—No —la Hamerwell movió la cabeza—. Hay algo que usted no ha entendido todavía, señor Davenport. Me refiero a la solución de este pequeño dilema. ¿Cómo lo solucionaría usted?

—Es de suponer que ahora me matarán a mí.

—Ahora, no. Primero vamos a esperar que lleguen el juez Carpenter y la señorita Riggs.

—¿Por qué? —Respingó Clinton.

—Bueno, está bien claro que ellos han sido puestos al corriente de todo esto, señor Davenport. Así que no podemos permitirnos dejar vivo a nadie que sepa tanto. Oh, claro, los clientes son diferentes, pero de las demás personas, la verdad, están ya muy... quemadas. ¿No se dice así? Por la actitud de usted hemos comprendido que no desconfiaba de nosotras, no sospechaba usted nada. ¿Cierto?

—Cierto.

—Entonces, lo adecuado aquí, en vista de las circunstancias, es eliminar a las personas que, por un motivo u otro, puedan ser causa de comentarios. Por ejemplo, la señora Davenport, quizá mañana mismo sea mencionada en ciertos círculos sociales. Especialmente, si se descubre el cadáver del juez Carpenter. La esposa del juez quizá diría: ¿Cecily Davenport? Oh, sí, creo que anoche, cuando mi marido salió de casa, me dijo algo respecto a ella... ¿Me comprende?

—¿Qué... qué está... tratando de decir? —Se irguió Cecily, crispado el rostro.

Agatha Hamerwell la miró, fríamente. Alzó su pistola y, mientras el grito de rabia comenzaba a brotar de los labios de la bella abogado, apretó el gatillo.

No llegó a brotar ni el más pequeño sonido de la boca de Cecily, porque la bala le alcanzó en la garganta, y pareció clavarla al sillón. Su expresión era de absoluto terror, de furia inaudita cuando la Hamerwell disparó de nuevo, mientras la Yannis mantenía su mirada inteligente, alerta, fija en Clinton, que comenzaba a sentirse francamente mal, al borde de las náuseas.

En aquel momento, a Clinton Davenport le tenía todo sin cuidado. Lo mismo le daba vivir que morir. Sólo sabía que se sentía muy mal, que el estómago se le volvía del revés, que sentía un sudor frío en la frente, y en todo el cuerpo...

—Es usted muy impresionable, señor Davenport —sonrió Leticia Yannis.

—Pobre Cecily —movió la cabeza con gesto de pesar Agatha

Hamerwell—. Ha sido una lástima tener que hacerlo, ¿verdad, Leticia?

—Sí, pero así están las cosas. Era una buena empleada, que había aprendido mucho y muy rápidamente, pero... las cosas se estaban complicando demasiado a su alrededor. ¿Y qué me dices de Priscille y Dolly?

Las dos bellas asesinas abrieron mucho los ojos. Un gesto de miedo súbito apareció en sus facciones tan delicadas, juveniles, atractivas... Unas facciones que quedaron del color de la leche.

—No —jadeó Dolly—. ¡A nosotras no!

—¿Por qué no, querida? —se sorprendió la Yannis.

—Yo diría —reflexionó amablemente la Hamerwell— que esta vez os habéis mostrado bastante incompetentes. Charles Mulloy y el señor Davenport debían haber muerto ya, ¿no es así?

—Por favor —gimoteó Priscille—. ¡Por favor, nosotras no, señorita Hamerwell, nosotras no!

Agatha Hamerwell movió la cabeza. Alzó la pistola, apuntó a Priscille a la cabeza...

—¡No, no, no...! ¡Nooooo!

—Están asustadas —dijo Leticia Yannis.

—Pues vamos a quitarles el susto —sonrió Agatha; de pronto bajó la pistola—. Desátalas.

—Sí, querida.

La Yannis se acercó a Priscille y Dolly, que parecían a punto de desmayarse. Las desató y se quedó mirándolas con el ceño fruncido, mientras las muchachas la contemplaban con expresión desorbitada.

—Ya veis lo que podía haberos pasado —murmuró—. Espero que nunca más tengáis fallos cuando se trate de cumplir una orden nuestra. Y ahora, quitadle vuestras pistolas al señor Davenport.

Todavía temblando, las dos asesinas se acercaron a Clinton, que ni siquiera se movió cuando le quitaron las pistolas.

—¡Le voy a...! —gritó Priscille.

—Calma, calma —recomendó la Hamerwell—. Juraría que está llegando un coche. Seguramente es el juez Carpenter con la señorita Riggs. No hagamos nada que pueda asustarlos y decidirse a dar la vuelta y marcharse. Sería peligroso.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Dolly.

—Eso ni se pregunta —replicó fríamente la Hamerwell—. Hay

que matarlos a todos, naturalmente. Y esta vez buscaremos un buen lugar definitivo para los cadáveres. Priscille, echa una mirada para ver si son ellos, pero ten cuidado...

Agatha Hamerwell siguió hablando, pero Clinton no la escuchaba. Todavía resonaban en sus oídos las palabras anteriores de aquella mujer: hay que matarlos a todos.

¿A todos?

¿Al viejo Carpenter también?

¿Y a Rosemary...?

En aquel momento, Priscille se dirigía hacia la ventana. Estaba pasando justo por detrás de Clinton Davenport. Y éste fue el momento justo en que el marino reaccionó, sobreponiéndose a todo. Lanzó una patada hacia atrás, que podía ser definida como una coz. Su pie dio en la cadera izquierda de Priscille con tal fuerza que la muchacha salió disparada hacia la pared, soltando la pistola, lanzando un grito de dolor.

Simultáneamente o poco menos, Clinton saltaba hacia donde Dolly, respingando, se disponía a disparar contra él. Cayó de cabeza contra el pecho de la asesina, que gritó dolorida..., y gritó de nuevo al recibir el tremendo puñetazo en el vientre, que la derribó de espaldas.

Plop, chascó la pistola de Agatha Hamerwell.

Clinton sé estremeció cuando notó en el costado derecho aquella especie de latigazo, pero ya no se detuvo. Giró hacia la mujer, alzó una pierna de modo increíble y la punta del zapato dio bajo la barbilla de la Hamerwell, que cayó sentada, emitiendo un extraño sonido y, por supuesto, soltando la pistola.

—¡Maldito...! —empezó Leticia Yannis.

Clinton se volvió hacia ella, y se inclinó, justo a tiempo. Plop.

La bala pasó con seco chasquido por encima de su cabeza, y fue a meterse en la chimenea, mientras Clinton, tras encogerse, saltaba hacia Leticia. Cayó sobre ella igual que un tigre caería sobre un corderillo, la aplastó con su peso contra el suelo, asió la muñeca de la mano que empuñaba la pistola..., y vio, intuyó más bien a Priscille recuperando su pistola, tendida en el suelo.

Clinton giró como queriendo colocarse a la Yannis encima. Y lo consiguió. Plop.

Disparaba al mismo tiempo Priscille.

Leticia Yannis lanzó un alarido y se crispó encima de Clinton, soltando la pistola. Detrás de ella, Priscille emitió una exclamación de espanto y volvió a disparar.

Plop.

Encima de Clinton, la cabeza de Leticia Yannis estalló. Como si dentro hubiese tenido una pequeña carga explosiva. Clinton Davenport comprendió que ya, Priscille no iba a dejar de disparar, pasase lo que pasase. Velozmente, se colocó de modo que con los pies pudo impulsar el cadáver de la Yannis hacia la muchacha, que disparaba de nuevo, en efecto.

Pero recibió encima el cadáver, gritó agudamente y giró para alejarse del sangrante proyectil que Clinton había impulsado hacia ella.

Y mientras Priscille rodaba por el suelo, chillando. Clinton se ponía en pie. Al mismo tiempo, Dolly y Agatha Hamerwell, muy pálidas, disparaban contra él.

Eran pequeños golpecitos, nada más.

Sí, eso eran: pequeños golpecitos, a los que un hombre tan fuerte como él no podía conceder importancia. Los notó perfectamente, en el muslo izquierdo y en el borde del hombro derecho, pero..., ¿cómo había de hacer caso a esas pequeñas tonterías?

En realidad, cuando recibió los dos balazos, ya estaba saltando hacia Dolly, considerándola instintivamente como la más peligrosa. Esta vez, el puñetazo que recibió la joven asesina derribó a ésta fulminantemente desvanecida.

Plop.

Volvió a disparar Agatha Hamerwell.

Clinton notó un soplo caliente y un estallido junto a su oreja derecha, pero ya nada importaba. Disparó su pierna izquierda, acertando a la Hamerwell con la planta del pie en el centro del pecho.

Y los dos cayeron al suelo.

Agatha Hamerwell debido al tremendo golpe. Clinton Davenport porque la pierna derecha no pudo sostenerlo. Y eso fue bueno para él. Más que bueno, fue providencial, pues la bala disparada ahora por Priscille, dirigida a su espalda, pasó por encima, rebotó contra la pared, contra el suelo emprendiendo el regreso..., y tras pasar de nuevo muy cerca de Clinton, llegó a Priscille. La muchacha lanzó un

alarido, soltó la pistola, y se llevó las manos al rostro, donde la bala había abierto un ancho surco del que brotó inmediatamente la sangre. Clinton llegó hasta ella de un salto y no vaciló, pese a tenerla arrodillada y gimoteando a sus pies. Le propinó un golpe con el canto de la mano en lo alto de la cabeza, y Priscille cayó fulminada.

Al mismo tiempo, Clinton caía de rodillas, recogía la pistola de la muchacha, se tiraba de lado, y apuntaba a la Hamerwell, que, sobreponiéndose al dolor que sentía en el pecho, gateaba hacia donde había caído su pistola.

—Quieta —jadeó Clinton.

La Hamerwell le miró. Sus ojos parecían echar fuego, toda ella se estremecía con el fuerte jadeo, su barbilla temblaba... Parecía una pequeña fiera. Describió un veloz giro con los ojos, como queriendo abarcar toda la escena. La escena final de una acción en la que un hombre desarmado acababa de vencer a cuatro mujeres provistas de pistolas.

Sí. La Hamerwell vio a Dolly, tendida cara al techo, con la boca convertida en un manchurrón rojo. Más allá, hacia la ventana, estaba el cadáver de Leticia Yannis, con la cabeza destrozada por el balazo recibido por detrás. Cerca de ella, desvanecida, Priscille.

La lucha había terminado.

Volvió a mirar al hombre, tendido en el suelo, con sangre en el hombro, en un costado, en una pierna. Lívido, demudado, derribado por las balas..., pero venciendo.

Y esto no lo pudo soportar Agatha Hamerwell.

Gritando como una loca, se abalanzó hacia la pistola, la empuñó, se volvió para apuntar a Clinton...

Plop.

Disparó éste.

La bala dio en la mano derecha de la Hamerwell con terribles consecuencias. No sólo le arrancó la pistola, sino tres dedos. Entonces, pareció calmarse de pronto, se sentó, y sujetándose la mano herida con la otra rompió a llorar histéricamente.

—¡Clinton! —Se oía fuera de la cabaña—. ¡Clinton!

Lentamente, el marino se puso en pie, y, cojeando, se desplazó por el *living*, recogiendo todas las pistolas. La voz de Rosemary Riggs seguía llegando hasta él, cada vez más fuerte y asustada.

Sí, en efecto, había llegado otro coche más a la reunión. Pero nadie había podido prestarle la debida atención. ¿En cuánto tiempo había ocurrido todo? ¿Un segundo?

¿Cinco? ¿Mil?

—¡CLINNNNTONNNNN...!

Siempre arrastrando la pierna, Clinton fue a abrir. Rosemary entró tan rápidamente que se dio de manos a boca con él, y gritó sobresaltada. Inmediatamente, vio la sangre en el hombro de él, abrió la boca en un gesto de espanto.

El viejo juez Carpenter apareció detrás de Rosemary.

—Clinton, muchacho —exclamó—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás lleno de sangre por todo el cuerpo!

De buena gana, Clinton Davenport habría sonreído. Es decir, en otras circunstancias, incluso se hubiese echado a reír ante aquella frase. Claro que estaba lleno de sangre por todo el cuerpo... Pero la ocasión no era propicia en lo más mínimo ni siquiera para sonreír. Y además, la sorpresa de ver aparecer por detrás de Carpenter a Esther, borró la chocante frase de su mente.

—Esther —musitó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Vino a buscarme —informó el juez Carpenter—. Ella y la señorita Riggs llegaron casi al mismo tiempo. ¿Qué ha pasado aquí?

Clinton señaló hacia atrás, y comenzó a caminar hacia el *living*. Rosemary se apresuró a abrazarlo por la cintura, sosteniéndolo. Estaba tan asustada que no conseguía decir una sola palabra.

—Santo Dios —gimió Carpenter, al contemplar la escena del *living*.

Sentada en el suelo, gimoteando, Agatha Hamerwell los miró, dejando de contemplar su mano mutilada y sangrante. En sus ojos apareció un destello de loca alegría, que por un instante desconcertó a Clinton.

Sólo por un instante brevísimo. Exactamente el que medió entre el gesto de la Hamerwell en abrir su boca y lanzar el grito:

—¡Mátalo!

En tan poquísimo tiempo, Clinton Davenport comprendió su error, la explicación pasó a su mente, estalló más bien, como... como si miles de imágenes se amontonasen de pronto en su mente.

¿Por qué estaba allí Esther, el ama de llaves de Cecily? No había podido comunicarse con ésta, así que su presencia allí no tenía una

justificación razonable. Sólo podía explicarse pensando que había recibido órdenes de

Hamerwell & Yannis

de ir rápidamente en busca del juez Carpenter para controlarlo, para asegurarse de que el viejo zorro iría directamente a la cabaña con Rosemary: si hubiese querido hacer algo diferente en lugar de acudir a la trampa, sin duda Esther le habría matado. Y también a Rosemary.

Sí. Esto fue un pensamiento relampagueante en la mente de Clinton Davenport, mientras Agatha Hamerwell abría la boca y gritaba:

—¡Mátalo!

Se volvió todo lo rápidamente que pudo, haciendo girar a Rosemary con él, sosteniéndolo por la cintura. Rosemary también vio a Esther, con la navaja en alto, ya lanzando el golpe hacia el centro del pecho de Clinton Davenport. Gritando, la muchacha empujó a Clinton, de modo que la cuchillada que iba destinada al pecho del hombre la acertó a ella en el brazo derecho, de lado.

Un golpe terrible, que hizo gritar de nuevo a Rosemary, mientras ella y Clinton perdían el equilibrio y caían al suelo.

—¡Mátalo, mátalo, mátalo...! —chillaba agudamente Agatha Hamerwell.

Con una furia inaudita, Esther se abalanzó sobre Clinton y Rosemary. Clinton apartó a Rosemary de un empujón, de modo que Esther cayó sobre él, blandiendo la navaja, reluciendo satánicamente sus ojos barbotando palabras de furia, salpicando saliva...

Lanzó otro golpe de navaja, y Clinton alzó el brazo izquierdo, parándolo con el antebrazo. La navaja se hundió allí, pero, al mismo tiempo, Clinton disparaba su puño derecho, con las pocas fuerzas que le quedaban.

Fueron suficientes para Esther. Recibió el puñetazo en la punta de la barbilla, se irguió con los ojos en blanco y luego cayó de lado.

Al mismo tiempo, Clinton Davenport, por fin, perdía el conocimiento. Fue como hundirse rápidamente en las profundidades de un mar negro y frío.

CAPÍTULO X

—... Enviamos el cuerpo de este hombre al mar. Señor, pero te rogamos que su alma sea acogida por Ti en Tu reino celestial. Fue un hombre bueno y honrado. Un hombre que...

Clinton Davenport, sentado en una extensible colocada en la cubierta de la lancha, dejó de oír las hermosas palabras que se decían en honor de su hermano. No necesitaba que nadie le dijese cómo había sido Hal Davenport, porque lo sabía mejor que cualquier persona en este mundo. No en el otro mundo, porque su madre había sido quien mejor lo había conocido. Y también a él. Y a su marido, Douglas Davenport, el mejor padre que Hal y Clinton Davenport hubiesen podido soñar. Igual que la madre. En cuanto a Hal...

Clinton desvió la mirada hacia el mar, al cual iría a parar dentro de muy poco el cadáver de Hal. El grandullón, bienhumorado y afectuoso Hal. El hermano mayor.

«—Oye, tú, renacuajo. Si vuelvo a verte probándote mis pantalones y arrastrándolos por el suelo, te partiré las narices, ¿está claro?

»—¡Mocoso tonto...! ¡Deja de silbar cuando yo pase con alguna chica o te acabaré por hincharte los dos ojos!

»—Tú, pequeño chimpancé, o dejas de fastidiarme o te voy a colgar en el desván con los pies para arriba. ¡Maldita sea tu estampa de mico! ¿No ves que estoy estudiando? ¡Te voy a...!

»—Te partiré las narices, te hincharé los dos ojos, te colgaré pies arriba, ¡te voy a...!».

Pero nunca nada. Al contrario...

Clinton Davenport se dio cuenta, de pronto, de que no estaba viendo el mar. Algo ocurría. Apretó con fuerza los párpados, y

entonces notó las dos lágrimas deslizándose por sus mejillas. Sentía frío. El, Clinton Davenport, sentía frío en el mar... Pero era lógico. Por nada del mundo habría dejado de asistir al entierro de su hermano. Y así, a dos fechas de lo sucedido en la romántica cabaña cercana a San Rafael, allí estaba, envuelto en una manta, medio desmayado en la extensible que habían colocado para él. A su lado, un médico, que no había dejado de decir que era una locura abandonar el hospital en sus condiciones. Pero allí estaba. Sentado, envuelto en una manta, medio desmayado... Allí estaba.

Tuvo que volver a parpadear, porque otra vez había dejado de ver el mar. Retiró disimuladamente las dos lágrimas, mirando de reojo, por si alguien le veía. Su mirada se encontró con la de Rosemary Riggs, que estaba muy cerca, muy pálida, con el brazo derecho vendado y colgando del cuello por medio de un pañuelo.

Clinton Davenport desvió la mirada hacia el mar y se esforzó en escuchar lo que decían de su hermano, que muy pronto, mucho, muy pronto, iría para siempre al mar.

—... Para siempre. Amén.

ESTE ES EL FINAL

El viejo lobo de mar contemplaba sonriente a Clinton Davenport, ambos en la cubierta del balandro.

—Pero..., ¿de verdad te preocupaste del asunto de la rifa benéfica, Clinton? —No salía de su asombro, agitando el sobre que le había entregado.

—De verdad. Ahí tienes los nombres de las personas que me compraron boletos, y la cantidad.

—Muchacho, eres todo un caso. Bueno, creo que debo marcharme ya. Sólo he venido a saludarte, sabía que estabas aquí... Pero volveremos pronto, porque...

—Porque el mar es un ancho camino donde las personas que se aman siempre se encuentran —sonrió Clinton.

—Sí. Sí, eso es, Clinton. Bueno, adiós.

Salió del balandro, dejando a Clinton un poco asombrado ante aquella rapidez en despedirse. Pero siguiendo con la mirada al viejo Jonah, vio en el muelle a Rosemary Riggs, inmóvil, mirándole fijamente, y entonces comprendió.

—¿Me das permiso para subir a bordo? —preguntó ella.

—Por supuesto.

Rosemary recogió del suelo una bolsa de lona y la tiró a la cubierta del balandro. Luego, saltó ella, recogió la bolsa, y se dirigió hacia la entrada a la cabina.

—¿Adónde vas? —Frunció el ceño Clinton.

—A dejar mis cosas abajo, capitán.

—¿Tus cosas? ¿Llevas tus cosas en esa bolsa? ¿Todas?

—Sí, capitán.

—Vaya... Parece que vas aprendiendo, pequeña rubia. Bueno, pero, vamos a ver..., ¿qué haces tú aquí?

—Me voy contigo, capitán. Llevo unos cuantos libros para seguir estudiando, y no necesito más. En tierra, las cosas se terminarán de arreglar sin nosotros. Ya no podemos decir ni hacer nada más, no nos necesitan como testigos... Hace casi un mes que pasó todo. Vamos a olvidarlo..., si te parece bien, capitán.

—La idea es buena —admitió Clinton—. Y muy sensata. No hay que amargarse la vida, ciertamente. Pero quiero que sepas que pienso estar navegando sin ver a nadie hasta que no tenga más remedio que tocar puerto.

—Bueno.

—Eso pueden significar tres meses de mar.

—Bueno. ¿Te molesta llevar un grumete?

Clinton Davenport se acercó, rodeó la cintura de Rosemary, y la atrajo suavemente.

—Pequeño grumete —susurró—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí, capitán.

—Entonces..., ¿avante un tercio?

—No —sonrió luminosamente la muchacha—. Un tercio, no, capitán... ¡Avante a toda máquina!

—Aquí no hay grandes máquinas. Mandan las velas.

—Pues... ¡avante viento en popa a toda vela!

—Supongo que hasta mi madre podía equivocarse en parte, al menos.

—¿Tu madre? No comprendo...

—Siempre me decía: Clint, hijo, cuidado con las señoras... Y tenía razón. Pero en tu caso... quizá se equivocase. Al fin y al cabo, ella era también una señora y nunca fue de cuidado. No sé si me explico...

—Oh, sí. Pero además, capitán, yo no soy una señora.

—¿No? Caramba. —Clinton la apartó un poco, la miró de arriba abajo, y frunció el ceño—. ¿Qué eres, entonces?

—Soy tu grumete, capitán de narices.

—Es verdad —sonrió Clinton—. ¿Y sabes cuál es la obligación primera de un grumete al poner los pies en el barco?

—¿Cuál?

—Besar al capitán.

—¡A la orden, cap...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...